

PERÍODO COLONIAL

CARRERA MONTERO, Fernando, *Las complejas relaciones de España con La Española: El Caribe hispano frente a Santo Domingo y Saint Domingue 1789-1803*, Santo Domingo, Fundación García Arévalo, Serie Documental, 2004, 595 pp., bibliografía, índices, mapas e ilustraciones.

El presente libro aborda un periodo fundamental para entender la accidentada andadura histórica de La Española, el comprendido en el tránsito del siglo XVIII al XIX, que en la historiografía dominicana se conoce con el nombre de la *desnacionalización* de Santo Domingo, debido a la cesión de dicha colonia por parte de España a Francia en virtud del tratado de Basilea, que puso fin a la guerra entre ambos países en 1795. Fernando Carrera, por medio de las investigaciones realizadas en diversos archivos de España, la República Dominicana, Cuba y Guatemala en el curso de la elaboración de su tesis doctoral, ha llevado a cabo un análisis amplio y pormenorizado de todo aquel proceso, cuyo resultado es un estudio que cabe encuadrar en el ámbito de la investigación historiográfica sobre el Caribe y sus relaciones de dependencia colonial. Aunque los acontecimientos de La Española son analizados con particular atención, no se pierden de vista sus implicaciones de todo tipo en otros territorios insulares y continentales próximos a ella. En este mismo contexto histórico se inscribe también el nacimiento de la república de Haití, que tuvo lugar en enero de 1804.

La metodología de la obra que nos ocupa se caracteriza principalmente por la utilización de numerosas y variadas fuentes primarias por parte del autor, quien incluye en el texto una gran cantidad de referencias documentales, con el ánimo declarado de hacer el relato «de unos hechos probados, contados siempre que ha sido posible por sus protagonistas» (pág. 12). Aunque en términos comparativos el empleo de fuentes bibliográficas es considerablemente menor, este trabajo revela un buen conocimiento de algunas aportaciones recientes en torno a la materia, como el estudio biográfico de E. La Parra acerca de Godoy, o una monografía de J. M. Santos Pérez sobre la relación entre elites y poder local en el contexto del régimen colonial, además de las obras de autores ya clásicos, entre los cuales cabe citar a E. Rodríguez Demorizi, M. Moreno Fragnals, J. L. Franco y J. G. García, cuya consulta continúa siendo imprescindible. Sin embargo, habría sido útil contar también con otros estudios que analizan diversos aspectos de la revolución haitiana: *Avengers of the New World: the story of the Haitian Revolution* (2004), cuyo autor es L. Dubois, y *Democracy after slavery: black publics and peasant radicalism in Haiti and Jamaica* (2000), de M. Sheller. Entre las obras en español son de obligada referencia la monografía de D. Hernández Guerrero, titulada *La revolución haitiana y el fin de un sueño colonial (1791-1803)*, que apareció en 1997, así como la traducción de un conocido trabajo de C. L. R. James, publicada en 2003 bajo el título *Los jacobinos negros: Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití*.

Tal como señala Carrera, la historiografía que se plantea el estudio de estos acontecimientos con un criterio globalizador es relativamente escasa, por lo que su objetivo ha

sido integrar en un todo unitario los aspectos políticos, sociales, económicos y, en menor medida, militares. La mayor parte de la bibliografía existente sobre esta materia se puede dividir entre aquella de carácter general, que abarca periodos cronológicos y espacios geográficos muy amplios, y otra, la más abundante, cuya atención incide sólo en alguno de los territorios situados en el área caribeña. Mientras las investigaciones desarrolladas según el primer modelo adolecen de una considerable falta de precisión, las que se ajustan al segundo no ofrecen referencias suficientes a otros ámbitos de su entorno, por lo que dificultan la plena comprensión de los hechos y de las circunstancias en que aquéllos se produjeron. Así, se hacía necesaria una perspectiva que abarcara a un tiempo los procesos que se estaban desarrollando en Europa y los reflejos que de los mismos tenían lugar en las diferentes colonias americanas, dentro del contexto de una época marcada por rápidas y profundas transformaciones. Dichos procesos generaron en La Española una dinámica autónoma, que imprimió en buena medida el ritmo de los acontecimientos, hasta desbordar los planes diseñados por Francia y España, y acabar convirtiéndose incluso en el factor determinante de la evolución futura de la isla.

En su libro, Carrera se propone desentrañar las claves de un periodo crítico, delimitado por los años 1789 y 1803, durante el cual cabe apreciar una *aceleración* del proceso histórico en La Española, como consecuencia de la llegada a Saint Domingue, la colonia francesa, de los primeros ecos revolucionarios desde la metrópoli. La complejidad de esta tarea reside sobre todo en la necesidad de conjugar el análisis de las políticas de las diferentes potencias enfrentadas por el control de un área de tanta importancia geoestratégica como la del Caribe, con el estudio de las transformaciones de toda índole que se estaban produciendo a ambos lados del Atlántico. Todo ello sin perder de vista los grandes hechos de armas en Europa, o la expedición del general Leclerc a La Española en 1802 para restablecer el control de Francia sobre la isla, que se había convertido en escenario de varias luchas simultáneas o cuasi-simultáneas. En efecto, la guerra que libraban sobre suelo de Saint Domingue las tropas de Francia, España e Inglaterra se complicó con otro conflicto, de carácter interno, étnico y político a un tiempo, entre la mayoría negra esclava que se rebeló en 1791 para obtener su libertad, y un grupo más reducido, compuesto fundamentalmente por mulatos y negros libres, cuyos dirigentes habían llegado a un acuerdo con los colonos blancos, a cambio del reconocimiento de sus derechos políticos.

A lo largo de este enfrentamiento hubo múltiples alternativas y cambios de alianzas, en buena parte inducidos por las diversas potencias europeas involucradas, que necesitaban el apoyo de las facciones locales en lucha para alcanzar sus objetivos. A ello hay que sumar el creciente influjo de un clima tan convulso como el de Saint Domingue en la situación de la colonia vecina, por lo que no resulta extraño el estallido de la primera revuelta importante de esclavos en la parte oriental, que tuvo lugar en octubre de 1796 en un ingenio muy próximo a la capital, y que fue duramente sofocada por las autoridades españolas. Por otra parte, el amago de resistencia con que los hispano-dominicanos trataron de detener el avance del ejército de L'Ouverture no pudo impedir que éste ocupase la ciudad de Santo Domingo en 1801, poniendo fin así a una dominación española que había durado más de tres siglos. La irradiación de semejante foco de inestabilidad en pleno corazón del Caribe alcanzó de modo especialmente intenso a las Antillas españolas e incluso a algunas zonas del continente, como Venezuela, ya que numerosos habitantes de ambas colonias abandonaron La Española. Los que emigraban desde Santo Domingo embarcaron sobre todo con destino a Cuba, Puerto Rico o Caracas, mientras que la mayo-

ría de los colonos que huían de Saint Domingue recalaron en Jamaica y Cuba, así como en los estados de Luisiana, Georgia y Virginia.

La investigación de Carrera no se limita a analizar las consecuencias de carácter estrictamente geopolítico de tales hechos, aunque establece con claridad que los mismos «condujeron a que España no cediese la colonia, sino a que le fuese arrebatada, y a que su ejército no abandonase voluntariamente la misma, sino que fuese expulsado por la fuerza» (p. 549). Es necesario resaltar, en cuanto al propio desarrollo argumental de la obra, el acertado empleo que se hace en ella de la correspondencia intercambiada entre los responsables de la administración colonial de Santo Domingo, como el propio capitán general, el regente de la Audiencia o el arzobispo, de una parte, y los diferentes altos cargos metropolitanos, Godoy en particular, de otra. El autor también se ocupa de escudriñar la correspondencia que mantenían las autoridades de las otras posesiones españolas en el Caribe, principalmente con el gobierno de la monarquía, dando todo ello origen a una descripción muy pormenorizada de los diversos asuntos, cuya prolijidad podría hacer ardua la lectura, inconveniente superado con maestría gracias a una narración ágil, que esclarece el contenido de la abundante documentación analizada.

El resultado final es una monografía sólida y coherente, que aparece dividida en cinco capítulos, el primero de los cuales constituye un recorrido, imprescindible pero un tanto limitado, por los antecedentes históricos inmediatos de las dos colonias de La Española, mientras que en el segundo capítulo el autor lleva a cabo un detenido análisis de lo que significó la firma del tratado de Basilea para Santo Domingo. El capítulo tercero describe el deterioro progresivo de la situación en la colonia española, que se encontraba en una especie de interinidad a la espera de que la nueva metrópoli pudiera hacerse cargo de ella. En el cuarto capítulo, que es el más extenso del libro, se ofrece un amplio panorama con las repercusiones de estos acontecimientos en otras posesiones españolas del Caribe, concretamente Cuba, Puerto Rico, Trinidad, Venezuela y Guatemala, así como en la propia España. El último capítulo aborda la partida de las tropas y autoridades españolas, y las difíciles condiciones en que quedaron tanto los dominicanos que decidieron permanecer en su tierra como aquellos que emigraron a otros lugares. En definitiva, todos ellos habían sido «vendidos y traspasados por la diplomacia como un hato de bestias», en palabras de Menéndez y Pelayo.

En las conclusiones que incluye al final del libro, Carrera no duda en señalar la falta de perspicacia de Godoy como principal causa de la cesión de la colonia a Francia, puesto que el ministro de Carlos IV «consideraba que Santo Domingo se hallaba ya perdida para la corona hispana» (p. 548). El propio Godoy escribió en sus *Memorias* que «ningún tratado de la Francia con las demás potencias en aquella época (...) ofreció menos sacrificio que el tratado de Basilea entre Francia y España, si es que puede llamarse sacrificio la cesión de la parte española de la isla de Santo Domingo, tierra ya de maldición para los blancos (...). Lejos de perder, ganamos en quitarnos los compromisos que ofrecía aquella isla» (p. 97). Con estas palabras pretendía justificar su actuación, años después del traspaso, pero en realidad, desde finales de 1795, Godoy había buscado en varias ocasiones el medio de obtener la retrocesión de la colonia al advertir el peligro que suponía para las posesiones españolas en el Caribe la consolidación del dominio francés sobre toda la isla, estratégicamente situada entre Cuba y Puerto Rico.

El autor describe de forma detallada, a lo largo de los capítulos II y III, todas las gestiones llevadas a cabo por Godoy con el objetivo de recuperar la colonia. Sin embargo, ya

era demasiado tarde, y el Directorio rechazó las propuestas de permuta de Santo Domingo por la Luisiana u otro territorio continental, que le venía planteando el gobierno español desde el momento en que éste tomó conciencia del error que había cometido. Así las cosas, el último recurso que le quedaba a España era «la utilización de la guerra común contra Inglaterra como baza, para intentar, nuevamente, la reintegración de la colonia a sus dominios de América. En su favor jugaba el desconcierto originado en la isla tras el inicio del repliegue español, factor que conscientemente Godoy procuró potenciar». Tal como subraya Carrera, el ministro pensaba que «cuanto peor en la isla mejor para los intereses de España en la misma», planteamiento que respondía «al hecho de que Godoy aún creyese en la posibilidad de una retrocesión de la colonia» (p. 215).

Del contenido del capítulo V se desprende que, a partir de 1798, este cálculo se vio superado por unos hechos que iban mucho más deprisa que las sutiles tácticas de la diplomacia europea. En efecto, todos los acontecimientos posteriores desbordaron las previsiones de España y Francia, de modo que la parte oriental de la isla acabó siendo ocupada por Toussaint L'Ouverture en nombre de la república francesa, pese a la oposición de las autoridades coloniales españolas, que condicionaban su entrega a «la llegada de tropas europeas» (p. 450). Por otra parte, el máximo representante del gobierno francés, Roume, que había sido absolutamente incapaz de tomar posesión de la antigua parte española, dado que ni tan siquiera tenía bajo control la situación en Saint Domingue, fue expulsado de la isla por L'Ouverture, quien se hizo así con todo el poder. Al final, fue mediante la expedición de Leclerc como Francia hizo efectivo su dominio sobre Santo Domingo, si bien éste sólo duraría hasta 1809, puesto que los dominicanos se rebelaron contra la nueva situación como consecuencia, al menos parcialmente, de la invasión napoleónica de la península. Una vez derrotados los franceses, Santo Domingo se reincorporó a su antigua metrópoli, permaneciendo bajo soberanía española hasta 1821. Algunos años más tarde tuvo lugar un nuevo retorno, y esta vez sería el último, de Santo Domingo al seno de la monarquía, durante el breve periodo de su anexión a España entre 1861 y 1865.

Nos encontramos, pues, ante una monografía valiosa, que analiza con rigor y detalle una etapa trascendental de la historia del pueblo dominicano, el cual, pese a todas las vicisitudes por las que hubo de atravesar, logró construir su propia identidad nacional y preservar sus vínculos con el resto de países hispánicos. Por el interés que merece el tema, y por la aproximación al mismo desde una perspectiva multidisciplinar y comparada siempre necesaria, pero más aún en materias cuya complejidad la convierte en un requisito indispensable, resulta obligado aplaudir la publicación de este libro. Son muy numerosas las tesis que «acaban frecuentemente arrinconadas en las estanterías de alguna universidad» (p. 17), como reconocía el propio autor, de ahí que la aparición del presente volumen, editado por la Fundación García Arévalo de Santo Domingo en su Serie Documental, sea tan digna de elogio. El fallecimiento de Fernando Carrera, ocurrido el año pasado, nos priva por desgracia de un estimable investigador que demostró su gran valía en la tarea de interpretar el pasado histórico del área caribeña. En efecto, no cabe duda de que la obra de Carrera viene a enriquecer, de forma muy relevante, el conocimiento de un periodo decisivo en las relaciones de España con la que fuera su primera colonia en América, que sabrán apreciar los estudiosos y el público en general. Es de esperar que la meritoria labor desarrollada por la citada fundación continúe con nuevas publicaciones de la calidad alcanzada hasta ahora, en beneficio de la investigación historiográfica realizada en y/o acerca de la República Dominicana, cuyos resultados deben

servir para incrementar el intercambio entre las dos orillas, como en el presente caso, en el que una tesis leída en una universidad española se publica al otro lado del Atlántico.

Luis Alfonso ESCOLANO GIMÉNEZ
Universidad de Alcalá

CASTELNAU- L'ESTOILE, Charlotte de, y François REGOURD (dirs.) *Connaissances et pouvoirs. Les espaces impériaux (XVIe-XVIIIe siècles). France, Espagne, Portugal, Burdeos*, Presses Universitaires de Bordeaux, 2005, 407 pp.

Esta obra reúne algunos de los textos originales presentados al coloquio celebrado en noviembre de 2002 en la Universidad de Paris X- Nanterre. Son todos ellos trabajos en torno a una próspera línea de investigación llevada a cabo por un equipo de especialistas en expansión europea e historia colonial de Brasil, España, Estados Unidos, México, Portugal y de la propia Francia. A lo largo de diferentes aportaciones se hace una exposición de diferentes procesos de esa *globalización del saber* a la cual contribuyeron los múltiples encuentros y viajes científicos organizados entre algunos imperios coloniales (tratados aquí únicamente, Francia, España y Portugal) y otras tantas partes del globo con las que se relacionaron. El hilo conductor de los textos es el análisis de la imagen de la representación del poder y la cultura de las élites en los siglos de la Edad Moderna y su extrapolación, en muy distintas formas y vías, hacia distintas áreas coloniales. Una adecuada introducción que cita a obras como la de Bernardo Vargas Machuca (Madrid, 1599), o a bien documentados trabajos de autores contemporáneos, parece confirmar la idea de la existencia de una auténtica conciencia del descubrimiento, que hizo a la Europa del siglo XVI más segura de sí misma y entendida de la importancia de que «conocer es poder». Más allá de plantearse una interrogación sobre la naturaleza del saber que fue generado por la presencia de europeos fuera del Viejo Continente, uno de los objetivos de este libro es dar a conocer trabajos sobre problemáticas relacionadas con los complejos y ambiguos lazos entretejidos entre saber y poder, en el seno de los propios imperios coloniales. Los editores hacen una breve reseña sobre esta línea historiográfica impulsada a partir de la década de 1960, recordando el pionero artículo de George Basalla (*Revista Science*, 1967), y se hace hincapié en la necesidad de profundizar en la difusión de las tradiciones y de las prácticas científicas europeas en el espacio colonial y su relación con la creación y surgimiento de las instituciones científicas locales. Es éste un modelo teórico que ha inspirado a los estudiosos del tema, con importantes innovaciones y diferencias, como en los casos de las obras de Roy McLeod, Anthony Padgen, Juan Pimentel, Antonio Lafuente o Anthony Crafton.

Por su parte, la importante novedad de este trabajo, en concreto, es que compendia otra línea desarrollada en años recientes: la relación del saber con el poder. Es acertado el cruce de esta línea de investigación sobre la cultura científica y su traspaso o influencias en el Nuevo Mundo, con una tradición historiográfica asentada y recientemente enriquecida con nuevos discursos, como es el estudio de los imperios coloniales desde un punto de vista político, entendiendo aquí lo político, como espacios de dominación de tipo colonial y en donde se entrecruzan diversas vías de intercambio y trasvase de saber, información y conocimiento científico, todo a un nivel claramente multidimensional.

Se puede apreciar, tal como se indica también en la introducción, tres períodos claramente definidos: a) exploración de los nuevos territorios (objeto de gran atención por parte de los participantes en este interesante coloquio), b) la formación y desarrollo de una ciencia localizada en la colonia, incluyendo la aportación de individuos e instituciones que se desplazan a las metrópolis europeas para su formación, y c) el surgimiento de una ciencia local y autónoma que poco a poco se irá escindiendo de la tutoría europea. En relación a estos puntos, se han profundizado en temas como: el impacto del Descubrimiento en la propia ciencia europea, las vías de difusión de ésta, el conocimiento de la alteridad y, en definitiva, el estado de la cuestión es tan amplio que casi pide a gritos una reflexión teórica global.

Por su parte, esta compilación, en nada ajena a este marco historiográfico, se divide de acuerdo a varios bloques: El primer bloque se puede identificar claramente con una etapa histórica marcada por la exploración de los nuevos territorios. Ilustrando estos temas aparecen los textos de Francesc Relaño, sobre el plan secreto de Magallanes; Mickaël Augeron, sobre la participación de los hugonotes en la conquista de América; o el de Pilles Havard y su original exposición de lo que se puede catalogar como una colonización intelectual por parte de Francia de la región de los Grandes Lagos en la segunda mitad del siglo XVII. Al igual que otros trabajos de esta línea de investigación, la exploración y los primeros avances de conquista y colonización vinieron acompañados por un imaginario cosmográfico por parte de los exploradores y una tecnología adecuada para el descubrimiento del mar y de las nuevas tierras. Dentro de esta línea están los trabajos de Francisco Bethencourt, sobre la aportación portuguesa en el desarrollo de instrumentos para el conocimiento del espacio; a los que siguen posteriormente otras dos contribuciones sobre la actuación colonial de Portugal (trabajos de Claudia Damasceno y Maria de Fátima Silva Gouvéa). Nadine Béliand, ilustra en su texto (con un sugestivo título, por cierto) algunas de las formas de apropiación y medición del espacio en Nueva España y las instituciones extrapoladas allí para tal objeto. En una brillante tercera parte se encuentran los trabajos de Jesús Bustamante García describiendo los resultados de la primera expedición científica en el Nuevo Mundo, con novedosas aportaciones; Pierre Ragon narrando los resultados de las encuestas geográficas ordenadas por la administración española en 1741; Beatriz Rojas, sobre instrucciones ordenadas para ofrecer información a la Corona acerca de las características de algunas áreas coloniales; y François Regourd, con la descripción de la encuesta realizada sobre Kourou en 1763. Unas y otras aportan nueva luz al debate sobre los éxitos y fracasos de las administraciones coloniales en lo tocante al saber científico. En una cuarta parte, los trabajos de Mylène Péron, Aliocha Maldavsky y Oscar Mazín, describen tres casos originales sobre la relación existente entre evangelización y propagación del conocimiento. En el quinto bloque de la obra se recogen los trabajos de Philippe Haudrère, Neil Safier, Serge Gruzinski y Thomas Calvo, en los que se describe con profusión diferentes formas de transmisión de la información sobre los imperios coloniales, rutas marítimas etc.

En el marco de un auténtico esfuerzo por profundizar en las raíces intelectuales, políticas y religiosas de la expansión europea, este conjunto de trabajos aporta, además, muchos datos interesantes sobre literatura, crónicas, cartografía e incluso iconografía, con ilustraciones que enriquecen el análisis de las fuentes consultadas.

Ana CRESPO SOLANA
Instituto de Historia, CSIC

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel, *La colonización de la frontera dominicana (1680-1795)*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Ideas, 2005, 313 pp.

El prolífico historiador canario Manuel Hernández González nos brinda en su libro, *La colonización de la frontera dominicana, 1680-1795*, una nueva e importantísima aportación sobre la historia de la antigua colonia española de Santo Domingo. Este estudio cubre un período de cambios profundos que comprende desde las postrimerías del siglo diecisiete hasta el año 1795, cuando España le cede a Francia el lado español de la isla como provisión del tratado de Basilea.

Luego de haber sido la colonia española primada y principal de América a fines del siglo quince y principios del dieciséis, Santo Domingo pasó a jugar un papel insignificante dentro del imperio español, a medida que éste se expandía a vastos y ricos territorios del Nuevo Mundo. En respuesta a la falta de atención y apoyo por parte de España, colonos franceses poblaron ilegalmente la parte occidental de la Española, en la cual posteriormente desarrollaron una extensa economía de plantaciones con mano de obra esclava. Mientras tanto, el lado español de la isla languideció poblacional y económicamente. Durante el siglo dieciocho, sin embargo, la parte fronteriza de Santo Domingo comenzó a beneficiarse económicamente de su vecindad con St. Domingue.

El libro de Hernández González descansa sobre una amplia base bibliográfica y documental que se nutre de fuentes de los principales archivos dominicanos, cubanos y españoles. Dentro de estas fuentes se destacan los libros de aduana de la frontera franco-dominicana, los cuales hasta el momento no habían sido utilizados por ningún historiador. El cúmulo de fuentes consultadas le permite al autor documentar la cambiante situación económica y social de la frontera y presentar un detallado cuadro del poblamiento y consolidación de poblados de la frontera dominicana.

La región estudiada por Hernández González cubre lo largo de la frontera, desde la costa atlántica del norte hasta la costa caribeña al sur, incluyendo las villas y poblados de Montecristi, Dajabón, Bánica, Hinchá, San Rafael de Angostura, los Caobos, San Miguel de Atalaya, Azua, San Juan de la Maguana y Neiba.

En 1680 sólo existía un poblado fronterizo, Azua. Un paso positivo en el proceso de población de la región lo fue la fundación de un segundo poblado, Bánica, en 1683 con inmigrantes canarios. El arribo de la dinastía borbona a la corona española marcó el inicio de una época de desarrollo en el Santo Domingo español que respondía a la nueva amistad entre los reinos de Francia y España y a la política borbona de redescubrir las colonias olvidadas de ultramar. La fundación del poblado de Hinchá en 1704 dio paso a la más exitosa población de la región; ya para 1760 Hinchá contaba con 3,092 habitantes, un considerable número; el desarrollo económico de Hinchá corrió paralelamente: en 1772, dicho pueblo se había convertido en el principal productor de ganado vacuno de Santo Domingo con aproximadamente 30,000 reses.

La declaración de libre comercio para las colonias americanas en 1778. Le permitió a Hinchá y otras localidades fronterizas aprovecharse de las necesidades de productos agrícolas y alimenticios (madera, carnes saladas, algodón, etc.) necesarios para sostener la economía de plantación de St. Domingue. Esto benefició a las poblaciones fronterizas, igual que a Santo Domingo en general y a los ingresos coloniales de España mediante un marcado aumento en ingresos tarifarios. Así pues, ambas partes de la Española establecieron una relación comercial simbiótica tal como la que establecieron St. Domingue y La Luisiana francesa.

Una de las principales aportaciones de Hernández Gonzáles es la detallada información y análisis que presenta sobre el desarrollo de una elite comercial, agraria y ganadera que surge en los pueblos fronterizos a medida que estos progresan económicamente. Entre los integrantes de esta elite se destaca José Guzmán, fundador de San Miguel de la Atalaya y ostentador del único título nobiliario de la colonia: Barón de la Atalaya.

La época de oro de la frontera dominico-francesa terminó aparatosamente con las crisis políticas, sociales y económicas de fines del dieciocho y principios del diecinueve: la Revolución Haitiana, la cesión de la parte española a Francia en 1795 y la independencia de Haití en 1804. Desde entonces las relaciones fronterizas dominico-haitianas han estado marcadas por enemistad, movimientos poblacionales ilícitos, tráfico ilegal y exabruptos de violencia tales como las invasiones haitianas de la primera mitad del siglo diecinueve y la masacre de varios miles de haitianos bajo órdenes del dictador Rafael L. Trujillo en 1937. En momentos actuales, la violencia ha vuelto a aparecer con numerosos casos: periódicos y noticieros muestran imágenes de violencia física contra haitianos fronterizos. El estudio de Hernández González arroja importante luz para entender la compleja y difícil trayectoria de las relaciones entre dos sociedades, que como Jacob y Esaú han tenido que compartir el vientre de una misma isla.

Luis MARTÍNEZ-FERNANDEZ
University of Central Florida

LAVIÑA, Javier y José Luis RUIZ-PEINADO, *Resistencias esclavas en las Américas*, Aranjuez (Madrid), Doce Calles (Colección *Antilia*), 2006, 218 pp., con índice general.

Cuenta Juan Francisco Manzano en su autobiografía que su madre era una de las sirvientas de mayor distinción de la Marquesa de Justiz de Santa Ana, dama que acostumbraba a criarlas con esmero y a darles la libertad en donación el día que solicitaban casarse con un artesano libre. Si la vida de un esclavo doméstico era algo más cómoda que para los de plantación, en ambos casos compartían el drama de la falta de libertad y el de la continúa y educativa represión para mantener un sistema económico cuyos extraordinarios beneficios se lograban en buena medida gracias a la explotación de seres humanos. Los procesos de dominación casi siempre van acompañados de intentos de liberación y resistencia, de grandes y sutiles rebeldías que proporcionan sentimientos de esperanza a los oprimidos. El libro de Javier Laviña y José Luis Ruiz-Peinado trata de revueltas, cimarrones y palenques, de formas de resistencia que terminaron por construir identidades culturales específicas, como la que constituyen los quilombos brasileños de Palmares, analizados en este volumen, uno de los ejemplos más importantes de la lucha contra la esclavitud durante el siglo XVII.

Desde aquellos excepcionales *Maroon Societies* de Richard Price, publicado en 1973, y *El Ingenio* de Manuel Moreno Fraguas, de 1978, han transcurrido más de treinta años de esclarecedores estudios sobre cuestiones relacionadas con las sociedades esclavas. Hugh Thomas se ocupó de forma contundente en *The Slave Trade* (Nueva York, 1997) del comercio esclavo y los protagonistas de la trata en Europa y América; el mismo año que Robin Blackburn publicaba su también extenso *The Making of New World Slavery: from*

the Baroque to the Modern, 1492-1800 (Londres, 1997), continuando la línea iniciada con *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848* (Londres, 1988); y aunque pudiera parecer que las investigaciones sobre esclavitud no gozan de la popularidad de los años ochenta, hemos asistido durante estos últimos años a la edición de trabajos esenciales para un mayor conocimiento del tema, incluso recopilaciones muy útiles destinadas a los estudiantes como *The Slavery Reader*, editado por Gad Heuman y James Walvin (Londres, 2003). Hace seis años la editorial de la Universidad de Cambridge sacaba a la luz un libro extraordinario titulado *The Cultural Politics of Sugar: Caribbean Slavery and Narratives of Colonialism* de Keith Sandiford, especialista en literatura del siglo XVIII y en los escritos abolicionistas angloafricanos, la lectura de este libro obliga a pensar en la necesaria reedición de algunas obras liminares como *Memorias de un tratante de esclavos* de Théodore Canot o *Relato de la vida de un esclavo americano* de Frederick Douglass.

Siguiendo con los estudios sobre esclavitud no podemos obviar *Negros esclavos y libres en las ciudades hispanoamericanas* (Madrid, 2001) de Carmen Bernand, investigación centrada en la vida de la población de origen africano en núcleos urbanos, donde poseen características sociológicas concretas y distintas a los esclavos de mina o plantación. El cubano Michael Zeuske en el artículo «El Cimarrón y las consecuencias de la Guerra del 95: un repaso de la biografía de Esteban Montejo» (*Revista de Indias*, Madrid, 1998) retomaba la importancia de los cimarrones en las guerras de independencia de Cuba; siguiendo los procesos de resistencia Stuart Schwartz publicó *Slaves, Peasants, and Rebels: Reconsidering Brazilian Slavery* (Urbana, 1992). En el año 2004 se publicaba una compilación de trabajos bajo el título *El rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebeldía, 1789-1844* que incluía el ensayo de Gloria García «La resistencia: la lucha de los negros contra el sistema esclavista, 1790-1845», donde se examinan las conspiraciones y revueltas en Cuba durante ese período. El libro de José Andrés-Gallego *La esclavitud en la América española* (Madrid, 2005), de carácter generalista, es otro ejemplo del interés que suscita el tema en nuestros días. Como podemos observar en este sucinto resumen la historiografía es amplia, sin olvidar las decenas de estudios dedicados a los casos regionales americanos y brasileños.

De menor presencia historiográfica han gozado los procesos de cimarronaje ocurridos en zonas como Santo Domingo, Colombia o Venezuela, que cuentan con estudios clásicos como los de José Juan Arrom y Manuel A. García Arévalo, *Cimarrón* (Santo Domingo, 1986); de Carlos Esteban Deive, *Los cimarrones de Maniel de Neiba: historia y etnografía* (Santo Domingo, 1985) y *Los guerrilleros negros: esclavos fugitivos y cimarrones en Santo Domingo* (Santo Domingo, 1989); o más próximos son los trabajos de Jesús Chucho García para el caso venezolano *Contra el cepo: Barlovento, tiempo de cimarrones* (San José de Barlovento, 1989) y *Africanas, esclavas y cimarronas* (Caracas, 1996), y el reciente libro de María Cristina Navarrete, *Cimarrones y palenques en el siglo XVII* (Cali, 2003). Estudios que habrían podido complementar los análisis vertidos en este volumen que ahora reseñamos.

Javier Laviña y José Luis Ruiz-Peinado son profesores del Departamento de Antropología Cultural e Historia de América y África de la Universidad de Barcelona. El profesor Laviña tiene una larga trayectoria en estudios sobre esclavitud, recientemente preparó la edición de la *Doctrina para negros* del cura cubano Nicolás Duque de Estrada (Barcelona, 1989), uno de los pocos catecismos que se conservan para cristianar esclavos. Su campo de estudio específico ha sido el del cimarronaje. A su vez, José Luis Ruiz-

Peinado ha centrado sus investigaciones en el caso brasileño y tiene un estudio sobre las comunidades del río Trombetas y los descendientes de esos mocambos: *Cimarronaje en Brasil: mocambos del Trombetas* (Vilanova i la Geltrú, 2002). *Resistencias esclavas* es un trabajo notable en historiografía española sobre reacciones a la esclavitud, abordado con documentación inédita y que integra todos los componente políticos, económicos, religiosos y culturales que conformaron las sociedades esclavas americanas.

Aunque el libro se estructura en cinco capítulos, cabe diferenciar dos partes principales, una inicial de carácter generalista y una segunda parte, que entraña la mayor aportación de este trabajo, dedicada a la esclavitud y el cimarronaje brasileños. El capítulo primero repasa en apretada síntesis los aspectos generales de la esclavitud en América, los mecanismos de funcionamiento, las formas de supervivencia de los esclavos que aprovechaban cualquier resquicio legal para evadir la esclavitud o sortear a un amo (recurrir a la blasfemia era una de las formas más extendidas para ir a la cárcel y conseguir el cambio de amo), los códigos negros, el origen de los esclavos, su conversión al catolicismo y la aparición de las primeras resistencias mediante la práctica de los sistemas religiosos afroamericanos; el funcionamiento del castigo que «deificaba al que lo aplicaba porque mostraba su poder ilimitado y arbitrario y, por otra parte, dejaba sin referente al que lo recibía, porque en cualquier momento podía ser castigado sin motivo» y la constatación de que la vida del esclavo urbano ofrecía mayores posibilidades de resistencia. La ciudad ofrecía a los esclavos más información a través de gacetas y panfletos, legales o clandestinos, se podía acceder a los recursos legales y los cabildos de nación proporcionaban una posibilidad para reunirse y conspirar pues, si bien fueron creados por los amos para dividir y enfrentar a los esclavos, terminaron como lugares de asociación y de transmisión de los saberes tradicionales y de información, mecanismos que otorgaron el empoderamiento necesario para pensar en resistencias más profundas.

Las rebeliones esclavas son tratadas en el segundo capítulo, la primera referencia a una sublevación esclava que recogen los autores nos remite a La Española en diciembre de 1522, cuando se produce un levantamiento protagonizado por negros bozales de origen wolof. Se ve de esta manera que las sublevaciones fueron habituales en América desde muy temprano; en los primeros años las provocaron fundamentalmente dos motivos: las condiciones de trabajo y la violencia desmedida. A medida que avanzaba el siglo XVIII la proyección de la Revolución Francesa se hizo más patente en la carga ideológica de los discursos esclavos; también es cierto que la influencia de la Revolución de Haití en lugares cercanos como Cuba supuso un recrudecimiento de la represión y del sempiterno «terror negro» que atenazó durante la última década del siglo XVIII y parte del XIX a la hipócrita burguesía cubana insular. El temor a una *haitinización* de Cuba no impidió que los discursos abolicionistas empararan los sectores intelectuales más avanzados. Mientras tanto, el cimarronaje alcanzó cotas altísimas, circunstancia que llevarían a la creación de una industria especializada en la persecución de los esclavos huidos, compuesta por rancheadores, perros de presa, reglamentos específicos, castigos, caza-recompensas, etc., La vida en el palenque varió según las áreas geográficas, aunque mantuvo en la mayor parte de los casos una estructura móvil de retirada ante los ataques de las cuadrillas de rancheadores. Mención especial merece el apartado dedicado a los tambores en el palenque como instrumento de resistencia afroamericana: «el tambor es algo más que un instrumento musical y, en el caso de los afrocubanos, debe ser entendido como un objeto ritual, clave en la relación de los hombres con las divinidades».

A partir del capítulo tercero, el libro se centra en la experiencia ante la esclavitud de Brasil, país que acogió al cincuenta por ciento del monto total de la trata americana. Se explica aquí el desarrollo económico de la colonia portuguesa desde la instalación de las factorías y la hegemonía de los capitanes donatarios a los ciclos del azúcar, del ganado, del oro o del café; entre todos, fue el oro el germen de un cambio llamativo en el paisaje poblacional brasileño: la afluencia de la inmigración europea fue tan considerable que pasó de treinta mil individuos en 1600 a un millón a finales del siglo XVIII. Esta economía de «ciclos» trajo el primer desembarco masivo de mano de obra esclava destinada al sistema agroindustrial azucarero, que con la aparición del oro a finales del siglo XVII en Minas Gerais tornaría la actividad esclava del campo a la mina. Sin embargo, durante el régimen económico colonial la mayor parte de los esclavos se dedicó a las tareas agrícolas, eran los llamados esclavos *do eito*; otro grupo, aunque menor, se destinaba al servicio: los esclavos *do ganho*, con una gran capacidad de movimiento ejercían todo tipo de oficios porque podían alquilar sus servicios o a los que se les exigía un jornal. La vida en la *senzala* era dura, pero la rebeldía era, según los autores, un elemento de prestigio que distinguía a estos esclavos de los urbanos, quienes gozaban de ciertos privilegios y despreciaban a los de plantación. Una de las conclusiones a la que llegan Laviña y Ruiz-Peinado es que los procesos de adaptación de los esclavos a la nueva forma de vida americana supusieron una estrategia de supervivencia que generó un rechazo a tal situación en forma de violencia contra los patrones, de fugas y de un fenómeno que apuntan como poco estudiado que es el bandolerismo. Dentro de la cultura de resistencia urbana, fueron los batuques y candomblés los elementos de autoafirmación y reivindicación de sus orígenes: «los afrobrasileños aprovecharon los recovecos que dejaban abiertos los amos para recrear los recuerdos que traían de África».

El capítulo cuarto, titulado Palmares, investiga la presencia europea en el continente africano desde el siglo XII en busca de oro y cómo este negocio se amplía con el tráfico de esclavos; el capítulo se centra en el caso portugués, en el establecimiento de las factorías y en las relaciones con los distintos reinos africanos. El estudio del pueblo janga —llamado imbangala por portugueses y brasileños—, uno de los grupos más resistentes a la esclavitud y menos conocidos, es apasionante y antecede al epígrafe sobre el origen y desarrollo del quilombo de Palmares, creado a finales del siglo XVI y que alcanza su periodo álgido de 1630 a 1650, etapa que coincide con la ocupación holandesa de Pernambuco. El quilombo conllevó un desastre económico para la región, las pérdidas económicas por las fugas de esclavos y los ataques palmarinos a las haciendas constituyeron una grave crisis en la sociedad colonial. La *República de los Palmares* estaba estructurada y organizada «muy próxima a la tradición africana» y supuso para las autoridades lusitanas, una vez finalizado el conflicto con los holandeses, un serio dolor de cabeza. La resistencia de Palmares y el diseño defensivo por medio de fortificaciones y de un inteligente aprovechamiento de la orografía no impidieron que en 1694 la artillería acabara con el mocambo de Macaco, centro neurálgico del *Reino de Palmares*, uno de los nombres con el que aparece en los textos. La vida en el quilombo es objeto de una profunda investigación a partir de fuentes y documentos hasta ahora inéditos.

El último capítulo, sobre rebeliones negras, comienza con un apartado significativo *Brasil não é, não deve ser, Haiti*, denominador común en todo el continente y que se repite también para el caso portugués. Es interesante la aproximación que se realiza a la revuelta llamada la Balaiada, ocurrida en Maranhão, Piauí y Ceará entre 1838-1841, y a

las rebeliones que coinciden con los periodos de las independencias americanas, entre 1807 y 1830, localizadas fundamentalmente en Bahía. Especial mención merece la revuelta de los malês (1835) que puede considerarse «la rebelión urbana más importante de todo el continente»; planeada con una preparación meticulosa por los insurrectos, coincidió en el tiempo con otra sublevación de origen religioso, la rebelión cubana de taita Hermenegildo, en la tenería de José Xifré, rebelión que aterrorizó a los habaneros.

Izaskun ÁLVAREZ CUARTERO
Universidad de Salamanca

LEITNER, Ulrike (ed.), *Alexander von Humboldt. Von Mexiko-Stadt nach Veracruz. Tagebuch*, Berlín, Akademie Verlag, 2005, 184 pp.

Con esta publicación se completa la edición de los diarios mexicanos de Alexander von Humboldt en su sentido cronológico, tratándose de un gran fragmento de estos apuntes que hasta hace poco se consideraba perdido y que ahora se presenta por primera vez al público.

El proyecto de la edición de las anotaciones que el erudito prusiano tomó durante su famosa expedición americana es una selección escrupulosa de los manuscritos originales, que se inició con la transcripción en 1958 de los materiales que devolvió la entonces Unión Soviética a la Staatsbibliothek de la República Democrática Alemana. Esta primera tarea duró diez años y es la que permitió que Margot Faak, del centro de estudios humboldtianos (Alexander-von-Humboldt-Forschungsstelle) de la *Academia de Ciencias de Berlín-Brandenburgo*, pudiera plantearse la reconstrucción del diario de viaje de Humboldt. El concepto que ella mantuvo consistía en ofrecer la parte descriptiva del viaje, incluir sobre todo sus impresiones de los lugares, instituciones o personas visitadas, además de reflexiones de carácter científico. Sin embargo, para facilitar la lectura, no se incluyeron múltiples documentos más especializados referentes a mediciones astronómicas, meteorológicas, barométricas, geológicas, etc. El primer resultado de esta minuciosa labor de Faak fue una antología de impresiones de Humboldt tomadas de estos diarios (*Lateinamerika am Vorabend der Unabhängigkeitsrevolution. Eine Anthologie von Impressionen und Urteilen aus den Reisetagebüchern*, tomo 5, Berlín, Akademie Verlag, 1982). Los dos siguientes volúmenes mantenían ya el criterio cronológico, describiendo el viaje americano entero desde su estancia en Cuba hasta su llegada a Filadelfia (*Alexander von Humboldt. Reise auf dem Rio Magdalena, durch die Anden und durch Mexiko*, tomo 8, Berlín, Akademie Verlag, 1986; *Alexander von Humboldt. Reise auf dem Rio Magdalena, durch die Anden und durch Mexiko*, tomo 9, Berlín, Akademie Verlag, 1990). Con la última edición de Faak se publicaron las notas o apuntes del comienzo del viaje, es decir, desde los prolegómenos en Francia, las notas de viaje sobre La Coruña y Canarias, pasando por su viaje por Venezuela hasta su llegada a La Habana (*Alexander von Humboldt. Reise durch Venezuela*, tomo 12, Berlín, Akademie Verlag, 2000).

Sin embargo, en los diarios humboldtianos conservados en Berlín faltaban varios fragmentos grandes. Hay que explicar que la estructura general de la edición mantiene un orden cronológico, a pesar de que los papeles a veces dan saltos en el tiempo o aparecen recuerdos posteriores referentes a lugares visitados con anterioridad. La pérdida de fragmentos se

debe principalmente a que los cuadernos que Humboldt utilizó originalmente fueron desencuadernados por él mismo para trabajar con sus colaboradores, a la repartición del legado humboldtiano tras su muerte así como al traslado de estos documentos durante la Segunda Guerra Mundial, a lugares más seguros en la Unión Soviética y en Cracovia.

Hace pocos años, dos de estos fragmentos pudieron ser localizados por la investigadora del Centro de Estudios Humboldtianos Ulrike Leitner en la Biblioteca Jagiellonska en Cracovia: la descripción del viaje mexicano «Journal de Mexique à Veracruz» y sus apuntes respecto a sus estancias en Cuba «Isle de Cuba. Antilles en général».

Con la edición del primer fragmento Leitner no solamente cierra el hueco en la narración de viaje publicada por Faak, sino también sigue distintos criterios de edición. Por primera vez se realiza una edición completa —y no seleccionada— de una parte de los diarios humboldtianos. Esto se ha podido hacer debido al tamaño más limitado de este fragmento, tanto respecto a la cantidad de apuntes, como a la extensión y duración del recorrido. Gracias a estas condiciones le fue posible a la editora ofrecer cada una de estas hojas en su totalidad, con todos los apuntes añadidos posteriormente, las modificaciones realizadas por el mismo Humboldt, las referencias a los demás escritos suyos así como a obras de otros autores y, finalmente, también incluir los apuntes meramente científicos como las tablas de mediciones, etc. Por lo tanto, por primera vez se puede ver aquí el carácter y el estilo de los diarios humboldtianos. Para una mayor transparencia la editora ofrece para cada hoja de estos apuntes el facsímil del manuscrito junto con su transcripción. El criterio de edición consistió en presentar los documentos lo más fielmente posible en relación a los respectivos manuscritos, en el idioma en el que fueron redactados (en sus diarios Humboldt alternaba entre el alemán y francés, siendo el francés el idioma predominante) y manteniendo la ortografía y la puntuación. Los errores evidentes o las repeticiones, sin embargo, han sido corregidos; por otra parte, las palabras que no podían ser descifradas o aquellas cuya interpretación no era fiable fueron marcadas de manera especial.

A esta presentación siguen amplias anotaciones y comentarios adicionales de la editora, que ofrecen al lector valiosa información sobre el contexto en el que se produjeron estos apuntes, así como datos sobre las personas, lugares o instituciones mencionadas por Humboldt. Aquí además contrasta los comentarios de Humboldt hechos por él en otro momento, sobre todo en sus obras publicadas y brinda información sobre las obras de otros autores a las que el viajero hace mención. Es un compendio de información sumamente útil para la mejor comprensión de los apuntes humboldtianos y que además demuestran el profundo conocimiento de los diarios mexicanos por parte de Ulrike Leitner.

En el apéndice se explican los símbolos y abreviaturas usadas, así como las medidas y los pesos mencionados; se ofrece una amplia bibliografía, un índice de personas, lugares y otros términos. Al final de este libro, en cuatro hojas separadas, se halla la reproducción de un precioso perfil de las alturas desde México a Veracruz, hecho por Humboldt.

Hay que destacar también el estudio introductorio de esta obra en el que la editora da al lector primero información general sobre los diarios humboldtianos y el recorrido que dieron las diferentes partes después del fallecimiento del erudito. A continuación, proporciona una descripción del viaje mexicano de Humboldt, contrasta los apuntes de los diarios con sus publicaciones sobre México, profundiza sobre las fuentes históricas que Humboldt pudo consultar y las personas e instituciones con las que intercambió conocimiento científico, para finalmente resaltar los resultados que Humboldt obtuvo en los distintos campos de la ciencia, como la climatología, la geografía, la geografía de las plantas, la botánica, la geología, la filología y la astronomía.

Sin duda, los diarios de Humboldt constituyen un fundamento importantísimo para la investigación humboldtiana en general, tanto para tener una impresión detallada de su viaje como para llegar a una comprensión más profunda del científico prusiano y de sus obras. Por lo tanto, esta edición de valiosos documentos, junto con el profundo conocimiento de la especialista Ulrike Leitner, forman una obra que se puede recomendar altamente a los estudiosos de Alexander von Humboldt.

Sandra REBOK y Miguel Ángel PUIG-SAMPER
Instituto de Historia, CSIC

LLANO ZAPATA, José Eusebio, *Memorias histórico, físicas, crítico, apologéticas de la América Meridional*, edición y estudios de Ricardo Ramírez, Antonio Garrido, Luis Millones Figueroa, Víctor Peralta y Charles Walker, Lima, IFEA, PUCP y UNMSM, 2005, 622 pp.

Unicornios, caballos marinos y sirenas. Árboles de cuya madera se extrae medicina para la vista, pasajes subterráneos que esconden tesoros prehispánicos y piedras capaces de levantar hasta diez veces su peso. Este es el universo al que José Eusebio Llano Zapata nos introduce y que sus contemporáneos no tuvieron el privilegio de compartir. El esfuerzo de tres instituciones, el trabajo de los editores y, como no podía ser de otra manera, el azar, han permitido la aparición de la obra de este gran naturalista limeño. La edición que presentamos ahora está antecedida por cuatro estudios y nos permiten contextualizar el momento en que estas *Memorias* fueron escritas. Así, Walker se encarga de dar una semblanza biográfica del autor, mientras que Peralta se detiene en su estancia gaditana (crucial, por cierto) y Millones Figueroa y Garrido se abocan al ámbito científico de la obra.

Walker realiza un minucioso pero necesario recorrido por la historia del manuscrito hasta su publicación así como por los comentarios (favorables o no) y los rumores acerca de la existencia de estas *Memorias*. Por Walker sabemos de la escasa recepción que tuvo el trabajo de Llano Zapata así como del olvido al que fueron sometidos sus demás trabajos, incluso por investigadores que conocían la producción de nuestro escritor reseñado. Asimismo, y pese a las acrobacias temporales que tuvo que sufrir el manuscrito original, Walker inserta correctamente las *Memorias* dentro del debate sobre la pretendida superioridad europea y casi medio siglo antes de que la elite criolla ilustrada de la Sociedad Amantes del País editara el *Mercurio Peruano* como una réplica a los alegatos de De Pauw y Bufón. Llano Zapata se ubicaría, entonces, como un puente entre el criollismo conventual temprano del siglo XVII estudiado por Bernard Lavallé y los criollos de fines del periodo colonial.

No obstante, convendría precisar mejor su posicionamiento dentro de la ilustración, como lo hace Víctor Peralta en su estudio sobre los avatares de Llano Zapata en Cádiz. Peralta indica que Llano Zapata encajaría mejor como un «ilustrado católico» antes que como uno de los muchos «afrancesados» que seguían los postulados de los Voltaire, Rousseau y Montesquieu. De igual modo, Peralta explora los motivos del poco éxito durante su estadía en el puerto español, y cómo esto influiría en la futura recepción de sus escritos.

Los dos últimos textos están orientados hacia la metodología e influencias presentes en la obra de Llano Zapata. Millones se acerca al academicismo pragmático que rodearon

las investigaciones contenidas en las *Memorias*, como la minuciosa descripción de los objetos analizados, la relación sensorial que trata de transmitir a través de las páginas así como el potencial que encierran dichos frutos y animales de los que habla nuestro autor. Finalmente, Antonio Garrido confronta a Llano Zapata con otro sabio americano del siglo XVII, el jesuita Antonio de León Pinelo y la influencia que este habría ejercido en la elaboración de las *Memorias*.

Lo que se conocía hasta ahora de Llano Zapata eran versiones incompletas de sus trabajos, pero en una versión que dejaba mucho que desear. Después de estas *Memorias*, habrá que esperar los escritos de Mariano Eduardo Rivero o de Antonio Raimondi para ver una obra tan ambiciosa. La sola escritura de su obra le significó a Llano Zapata numerosos sinsabores. Sus últimos veinticinco años los pasaría en Cádiz, intentando ganarse un puesto en la burocracia imperial; dicha estancia no fue del todo agradable, si recordamos que estuvo en medio de una polémica entre la Academia de Historia de Madrid y el Consejo de Indias por otorgar el permiso para la publicación de sus trabajos. En cierta manera, el destino de su obra estaba unido al de su vida. Desde 1761 comenzó una desesperada carrera por obtener el favor real, moviendo todos los engranajes políticos que estaban a su alcance. A cambio, ofrecía su obra para el beneficio de la Corona por los recursos que él ponía a conocimiento de las autoridades. Esto derivará en un sinfín de idas y venidas de la obra, comentarios favorables y críticas lapidarias, sin que falten los juicios mezquinos del científico Jorge Juan por no verse citado en las *Memorias*.

El interés hacia la obra de Llano Zapata se entiende también dentro de la política imperial, pues el Consejo de Indias requería de información adecuada de los reinos ultramarinos. Es cierto que poseía instrumentos como las Relaciones Geográficas, esos detallados cuestionarios que cubrían diversos aspectos de la naturaleza y sociedad americanas. Pero los requerimientos del Consejo no siempre eran respondidos de manera eficiente por las desgastadas autoridades indianas. ¡Qué mejor oportunidad que esta obra escrita por un limeño que indagaba por todos los temas que les interesaban y con información de primera mano!

Fue este aspecto lo que inclinó la balanza para su publicación definitiva en 1763, previa aprobación de la Academia de Historia. Esta aprobación no deja de ser peculiar, pues se trató de la única obra sobre América que mereció la venia de la Academia a lo largo del siglo XVIII. Pero aun tendría que superar a uno de los críticos más feroces que haya tenido un escritor de la época: Manuel Pablo de Salcedo, representante del Consejo de Indias, quien redujo a casi nada todos los aspectos positivos mencionados por la Academia sobre su manuscrito. Con un empeño pocas veces visto, Salcedo desmontó cada aspecto del trabajo de Llano Zapata, desde el lenguaje empleado hasta los supuestos beneficios económicos que reportaría su libro. ¡Hasta se atrevió a sugerirle pautas de redacción! Al final, la aprobación de la Academia solo fue una promesa más en una larga serie de promesas para la publicación, y que hicieron de los siguientes años una espera tortuosa. Y así murió, esperando. Solo en 1904 las *Memorias* serían impresas por Ricardo Palma, a partir de uno de los manuscritos que había adquirido en Madrid.

El mundo en un solo libro: esta era la consigna de los naturalistas de la edad moderna y que Llano Zapata extiende magníficamente en sus *Memorias*. El lector encontrará este viaje muy entretenido y recorrerá la flora y la fauna junto con la historia de esta parte del continente. Ya que ahora es posible apreciar el esfuerzo del autor en toda su extensión, podemos comprender mejor su desazón por el menosprecio que sufrió en vida y que lo

llevó a escribir que: «Sería muy difícil, y aún imposible [saberlo todo]. Son desmedidas las tierras. Pocos los dedicados a este estudio. Ninguno el premio».

José RAGAS
Pontificia Universidad Católica del Perú

LUCENA GIRALDO, Manuel, *Historia de un cosmopolita. José María de Lanz y la fundación de la Ingeniería de caminos en España y América*, Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 2005, 266 pp.

El pasado verano tuve ocasión de pasear por un extenso e intrincado bosque (la Forêt de Bouconne) cercano a la ciudad francesa de Toulouse donde todavía hoy pueden observarse los restos de una torre de la época napoleónica que, coronada por un ingenioso mecanismo de brazos articulados conocido como telégrafo óptico de Chappe, servía como veloz sistema de comunicaciones de la época. Por entonces y hasta la aparición del telégrafo eléctrico de Morse en 1834, toda Francia y parte de Europa se plagaron de estas torres instaladas en puntos altos, distantes entre sí no más de 15 kilómetros y de uso exclusivamente militar que, siempre de día y con buen tiempo, transmitían mensajes codificados con una rapidez tal que, por ejemplo, una información podía saberse en París a las dos horas de ser enviada desde Toulouse frente a los siete días empleados por la tradicional mensajería a caballo.

Ideado y puesto en marcha en Francia por Claude Chappe en 1792 y poco después en Gran Bretaña por George Murray, si no la paternidad del telégrafo óptico si su perfeccionamiento fue reclamado por otras figuras como el ingeniero español Agustín de Betancourt y el relojero suizo Abraham-Louis Breguet quienes en estrecha colaboración presentaron a la Academia de Ciencias del Instituto de Francia en 1796 un telégrafo más rápido, más barato y de mejor transmisión que, a pesar de los elogios recibidos por parte de técnicos y científicos, fue rechazado a instancias del propio Chappe en su calidad de jefe de los telégrafos galos; por su parte, en España, atendiendo al proyecto de Betancourt y a los de otros técnicos, no se fue más allá de la instalación de telégrafos que pusieron en comunicación los reales sitios como la línea Madrid-Aranjuez que arrancó en 1800 (A. Cioranescu, *Agustín de Betancourt. Su obra técnica y científica*, La Laguna de Tenerife, 1965 y A. Bahamonde Magro (dir), *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936*, Madrid, 1993).

A pesar de proyectos frustrados como este citado del telégrafo óptico, Breguet y Betancourt obtuvieron también importantes logros en sus respectivos campos de trabajo e investigación que les ha situado en un lugar destacado de la historia de las ciencias y las técnicas en Europa, el suizo aunando el arte y la mecánica más precisa en la fabricación de relojes y el canario laborando como ingeniero y experto en instrumental científico en distintos países del viejo continente. Pues bien, con estos magnos representantes de la colaboración y la competencia científica se relacionó estrechamente el criollo José de Lanz y Zaldívar nacido en Campeche en 1764, una figura de gran relevancia intelectual pero de difusos perfiles cuya muerte en 1839 parece que se produjo en la casa familiar de los Breguet, dato que viene a sumarse a tantas referencias inseguras —si no erróneas—

sobre las circunstancias de la peripecia vital de quien fuera alumno del Seminario de Vergara, marino, matemático y muchas cosas más.

Escasamente tratado por la historiografía española y latinoamericana, el enigmático José de Lanz exigía una investigación en profundidad que lo despojara de buena dosis de leyenda a la vez que, como señala en el prólogo del libro el recientemente desaparecido Ignacio González Tascón, lo situara «en pie de igualdad con los grandes científicos e ingenieros de la España Ilustrada Agustín de Betancourt y Juan López de Peñalver», una labor iniciada ya tres décadas atrás por Juan Vernet incluyendo a Lanz en su *Historia de la ciencia española*.

Con la publicación de este magnífico trabajo a cargo de Manuel Lucena se llega al último capítulo del rescate lento y jalonado de obstáculos en la elaboración de la biografía de Lanz, debido, por una parte, a la general carencia de estudios sobre las luces y las sombras de la ciencia española y sus protagonistas que viene siendo subsanada desde hace algunos años por la labor de historiadores de la que es heredero y valioso continuador el autor y, por otra, a la particular heterodoxia de la figura del Lanz marino, matemático, cartógrafo, fundador de la cinemática industrial, cofundador con Betancourt de la Escuela de Ingeniería de Caminos en Madrid, impulsor de un cuerpo de ingenieros civiles y diplomático pero también afrancesado, exiliado político, puesto al servicio de gobiernos recién independizados en la América española, con escasa obra escrita, masón y hasta espía... demasiados ángulos para incorporarlo fácilmente al siempre monolítico panteón de científicos oficiales.

Sin embargo, con gran habilidad y ya desde el título de la obra, Manuel Lucena ha conjurando las posibles veleidades, secretismos, contradicciones y pasiones que dictaron la evolución de Lanz destacando un rasgo particular de su polifacética personalidad, el afán (o destino) «cosmopolita» de un hombre que ateniéndonos al diccionario considero «a todos los lugares del mundo como patria suya», un atributo tenido por cualidad en la época ilustrada pero sospechoso bajo el prisma romántico, sensibilidades ambas en las que se desarrolló su vida y su quehacer. Más allá de fijar documentalmente muchos datos desconocidos y enlazar con rigor las diferentes etapas de la vida de Lanz, Lucena ha sabido dibujar el trasfondo social y político de la actividad científica en uno de los momentos más convulsos de la historia de la monarquía hispana en Europa y América, embarcada como sus marinos en empresas cartográficas de envergadura, celosa de los resultados y vigilante de tierras y espíritus.

En Lanz convergen además diferentes ámbitos de estudio que Lucena ha enhebrado magistralmente a través de los cinco capítulos de la obra cuyos títulos son expresivos de las distintas etapas de su peripecia vital: *un marino ilustrado* integrante de las instituciones académicas y militares tan vinculadas a la actividad científica en España (Academia de Guardias Marinas de Cádiz, curso de estudios mayores, elaboración del Atlas marítimo de España, etc.), proyectista y con destino a un viaje de información política y científica en 1789 que le llevaría a una Francia en *tiempos revolucionarios* donde conoció a Agustín de Betancourt, inició una obra sobre cálculo con José de Chaix —uno de los colaboradores del ingeniero canario—, se enamoró de una joven francesa, hizo amistad con el abate José Marchena y con un Francisco de Miranda a quien defendería ante los tribunales, circunstancias varias por las que al no regresar a España como debía fue expulsado de la marina. Sin embargo, pudo Lanz regresar brevemente a la península para *someter a prueba la naturaleza* en su frustrada incorporación a la Real Comisión de Guantánamo capitaneada por el también criollo de La Habana conde de Mopox y regresar a París donde continuó sus tareas de geómetra y calculador en la realización del catastro;

fue profesor de matemáticas, colaboró con Breguet y aceptó la oferta como director científico de la Escuela de Inspección de Caminos auspiciada por un Betancourt convertido en inspector general de caminos y canales de España. Con él publicaría Lanz en 1808 el tratado fundacional de la cinemática industrial *Ensayo sobre la composición de las máquinas*, una de las razones de Manuel Lucena para señalar las *glorias efímeras* que disfrutó el novohispano por el éxito de este trabajo y por diversas tareas anexas a su integración en la administración de José I (prefecto de Córdoba, director del Depósito Hidrográfico, etc.) reconocedora de la valía científica de Lanz con una condecoración.

Como tantos cooperantes del régimen josefino, Lanz tuvo que marchar al exilio a Francia donde enfrentó muchas dificultades hasta que en 1816 abandonó Europa en pos de los *nuevos mundos, viejos destinos* para alguien que, como él, había nacido en tierras americanas, una estancia que, con varios sobresaltos, se concretó en el Río de la Plata, donde estableció una Escuela de Matemáticas y en la recién independizada Gran Colombia dedicado a organizar el cuerpo de ingenieros. De regreso José de Lanz en Europa, el epílogo de la obra recoge los últimos años de la vida de Lanz otra vez en París, viudo y sufriendo también la ausencia de sus principales amigos y colegas aunque enfrentándose a nuevos retos profesionales hasta lograr ser *respetado entre los sabios*, lo que, sin duda, debió hacer feliz al prologuista vinculado a la fundación Juanelo Iturriano, institución editora del libro junto al Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. El trabajo se completa con un apéndice de interesantes semblanzas de figuras relacionadas con la política, la ingeniería y la marina que intervinieron en la vida de Lanz como Bartolomé Sureda, José Mendoza Ríos, Jerónimo Mas, etc., además de índices de materias, lugares y onomástico así como un completo repertorio bibliográfico.

En definitiva, un trabajo modélico en que se logra la inserción en el canon científico de uno de los hombres situado en sus márgenes, desvelando el valor de la contingencia en el devenir humano pero también en el estudio histórico, así como la importancia de las redes personales en el desempeño profesional y la actividad pública en los albores del mundo contemporáneo.

M^a Dolores GONZÁLEZ-RIPOLL
Instituto de Historia, CSIC

OPATRŇY Josef (editor), *La expedición de Alejandro Malaspina y Tadeo Haenke*, Praga, Editorial Karolinum, Universidad Carolina de Praga, 2005, 176 pp.

En el escrito introductorio de esta serie de ocho trabajos, el editor de la obra, el profesor Josef Opatrny, director del Centro de Estudios Ibero-Americanos de la Universidad Carolina de Praga, explica tan breve como claramente la génesis de la obra. Tomando la cuestión desde sus orígenes remotos, nos relata las desventuras de los materiales generados por la expedición dirigida por Alejandro Malaspina entre 1789 y 1794, así como los primeros esfuerzos españoles por poner a disposición del público una documentación que había dormido en los archivos un sueño de casi dos siglos, resaltando las iniciativas pioneras de Mercedes Palau en esa labor ejemplar de localización y de difusión. A continuación, el discurso se centra en la figura de uno de los naturalistas que se enrolaron en la

expedición, el checo Tadeo Haenke, cuyos papeles sufrieron una suerte similar, hasta que recientemente una serie de estudiosos de la República Checa, a los que es de justicia añadir a una precursora española, Victoria Ibáñez (autora de una primera y excelente aproximación a la vida y obra del gran científico), se dedicaron a realizar un estudio sistemático del personaje utilizando la documentación existente, de cara a conseguir en el futuro la obra definitiva que todavía nos falta.

Y así, como expresión del deseo de divulgar estas primeras aportaciones, que significan un verdadero redescubrimiento de Tadeo Haenke, la Embajada de España en la República Checa y el Centro de Estudios Ibero-Americanos de la Universidad Carolina organizaron en noviembre de 2004, en los recintos de la propia Universidad, un simposio sobre «La Expedición de Alejandro Malaspina y Tadeo Haenke», y en el palacio Lobkowitz, uno de los edificios pertenecientes al Museo Nacional, una exposición sobre el mismo tema. Finalmente, los responsables de los eventos tomaron la decisión de publicar colectivamente los trabajos presentados, de cuya edición se encargó el ilustre americanista checo.

Dejando al margen este artículo preliminar, el libro se compone de dos partes bien diferenciadas. La primera se ocupa de la empresa dirigida por Alejandro Malaspina en el contexto de las expediciones científicas patrocinadas por los monarcas españoles de la Casa de Borbón. Una síntesis de conjunto de los objetivos y los logros de estos viajes se debe a la autorizada pluma de uno de los mejores especialistas españoles en la cuestión, Miguel Angel Puig-Samper, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, que desgrana sus conocimientos sobre las expediciones de límites, la exploración del Pacífico, las expediciones botánicas y la exploración de los confines del Imperio a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII. En la misma línea, Emilio Soler Pascual, de la Universidad de Alicante, pone en relación las dos expediciones mayores de la época de Manuel Godoy, la de Malaspina y la expedición filantrópica de la vacuna dirigida por Francisco Javier de Balmis, aportando algunos datos sobre la mala voluntad del ministro de Carlos IV a la hora de preparar la publicación de los materiales de la primera de las empresas. Finalmente, Rafael Sagredo, de la Universidad Católica de Chile analiza las tareas geográficas de los expedicionarios en la América meridional, valorando muy positivamente los levantamientos hidrográficos, los planos de puertos (como San Carlos de Chiloé y Valparaíso), las cartas esféricas y el mapa terrestre de la región comprendida entre Valparaíso y Buenos Aires.

El segundo grupo de artículos, firmado por diversos especialistas checos vinculados a la Universidad Carolina de Praga, se centra ya específicamente en la figura de Tadeo Haenke, aportando nuevos testimonios para la reconstrucción de su biografía. Así, Josef Opatrný ofrece una panorámica sobre el proceso de reformas de la propia Universidad durante la época de la Ilustración, destacando la elevación del nivel de la enseñanza en las Facultades de Filosofía y Medicina, gracias a la fundación de la Biblioteca Universitaria, al apoyo de otras instituciones científicas y académicas, a la creación de nuevas cátedras y al nombramiento de nuevos profesores, pese al efecto contrario que pudo producir el fenómeno de la fuga de cerebros a Viena.

Por su parte, Simona Binková analiza las redes intelectuales que se articularon en Praga y en Viena a fines del siglo XVIII, especialmente la que se fue tejiendo en torno al científico español Fausó Delhuyar y aquella en la que más directamente estuvo involucrado Tadeo Haenke y de la que formaban parte personajes tan reconocidos como Joseph Gottfried Mikan, Nikolaus Joseph Jacquin e Ignaz von Born.

Bohumil Badura aborda, a través de la correspondencia mantenida por la compañía cristallera de Hiecke, Rautenstrauch y Zincke de Haida (Novy Bar) con su sucursal de Cádiz, una cuestión de gran trascendencia, ya que la casa gaditana fue la corresponsal de Tadeo Haenke y la destinataria de los envíos de los materiales recogidos por el naturalista. Fundamentalmente, las cartas revelan la remesa de siete cajones de hierbas y conchas que, vía Novy Bor, fueron finalmente a parar al Museo Nacional de Praga y constituyen una de las más significativas evidencias de la labor desarrollada por el científico en la última década del siglo XVIII.

Finalmente, Vladislav Rogozov, que ha realizado una investigación al mismo tiempo archivística y de campo, arroja nueva luz sobre los últimos años de la vida de Tadeo Haenke, completando la conocida obra de Renée Gicklhorn en los años sesenta. Así, entre las principales novedades, da cuenta de la reciente demolición de la casa de Tadeo Haenke en Cochabamba, del único retrato conocido del naturalista (actualmente custodiado en el Archivo Municipal de la ciudad boliviana, aunque en muy mal estado de conservación), de la actitud del científico ante el proceso de independencia (en cuyo transcurso pudo contemporizar con ambos bandos gracias al reconocimiento de sus méritos científicos), de su muerte (acaecida el día de San Carlos Borromeo de 1816 cuando contaba cincuenta y cinco años de edad) y del destino de sus restos mortales, que fueron sepultados en el cementerio del convento de San Francisco de Cochabamba.

En definitiva, los escritos contenidos en el libro permiten concluir que si en el contexto de las contribuciones españolas a la ciencia ilustrada brilla con luz propia la expedición de Malaspina, la empresa fue la ocasión para cambiar el destino de una figura de primera fila, Tadeo Haenke. Porque, en efecto, el naturalista checo, a la luz de los estudios que se le han venido consagrando en los últimos años, aparece como un personaje excepcional, dotado de una capacidad fuera de lo común y, especialmente, de una rara versatilidad que le hacía destacar simultáneamente en una gran variedad de campos. Así, si ya en sus tiempos de formación en Praga se había hecho notar por sus habilidades musicales, su interés en la botánica, su aplicación al estudio de la medicina o su audacia para organizar una experiencia aerostática, Viena supuso su consagración, tras su entrada en el Jardín Botánico del palacio de Schönbrunn, el apoyo recibido de los más prominentes miembros de la Academia de Ciencias de Austria (Ignaz von Born, Nikolaus Joseph Jacquin) y la reticente autorización de José II para que pudiese aceptar la excitante propuesta española. Del mismo modo, Tadeo Haenke aporta algunas peculiaridades a la aventura de Malaspina, por ejemplo explorando los territorios fronteros a los puertos visitados o uniendo a su trabajo como botánico sus conocimientos musicales, que le permiten transcribir las canciones de los naturales o los cantos de los pájaros. Finalmente, su desembarco en El Callao y su definitiva opción por el Alto Perú le permitirán desempeñarse en los más dispares cometidos al servicio de los funcionarios españoles o de las nuevas autoridades independientes hasta su muerte en Cochabamba en 1816. En definitiva, una vida apasionante y una obra de envergadura las de este gran ilustrado checo puesto al servicio de España, reveladas por las nuevas investigaciones impulsadas desde España y la República Checa, de las cuales se da puntual referencia en este soberbio libro tan oportunamente editado por la Universidad Carolina de Praga.

Carlos MARTÍNEZ SHAW
UNED

RUEDA RAMÍREZ, Pedro J., *Negocio e intercambio cultural: el comercio de libros con América en la carrera de Indias (siglo XVII)*, Sevilla, Diputación de Sevilla, Universidad de Sevilla y Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2005, 524 pp.

El 5 de junio de 1606, el librero Antonio Rodríguez de Vitoria otorgó en Lima, ante el escribano Diego López, una carta de obligación en favor de Jerónimo Pamones, por 1.053 pesos y 3 reales, como saldo de una deuda mayor de 26.803 pesos y 4 maravedís, correspondientes al valor de 16 cajas de libros. La particularidad de esta escritura radica en que incluye una detallada rendición de los gastos ocasionados por el transporte de los libros desde Sevilla hasta Lima. Gracias a este tipo de escrituras es posible conocer los registros e impuestos a los que se sometían los textos impresos destinados al mercado americano, como también de los riesgos que enfrentaban durante su larga travesía atlántica, su transporte a lomo de mula por el istmo de Panamá y, finalmente, su navegación por el Pacífico hasta llegar a la capital del virreinato peruano.

El comercio de libros entre la península y América fue intenso durante los siglos de dominación colonial y, en consecuencia, fueron muchos los documentos que se produjo a ambos del Atlántico. Aun cuando la documentación peninsular ha sido explorada por investigadores como José Torre Revello, Guillermo Furlong, Irving Leonard y José Toribio Medina, hacía falta un estudio sistemático que reconstruyese, a partir de un exhaustivo trabajo de archivo, el comercio peninsular de exportación de libros a América en el siglo XVII. El presente libro de Pedro Rueda cubre dicho vacío en la bibliografía sobre la historia de las relaciones culturales entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

El trabajo de Pedro Rueda se compone de tres partes. En la primera, titulada «La crítica de las fuentes», se analiza la intervención de la Casa de Contratación y de la Inquisición en el comercio atlántico de libros. La segunda parte trata de «Los cargadores de Libros», es decir de los libreros, mercaderes, instituciones religiosas y particulares involucrados en el comercio de textos impresos. La tercera, y última parte, describe de modo detallado los diferentes géneros literarios embarcados con destino a tierras americanas.

La información que se puede extraer del libro de Pedro Rueda es rica y variada. Particularmente interesantes son los datos sobre los libreros sevillanos. Como bien lo señala Rueda, los libreros solían trabajar a comisión, como intermediarios, arriesgando en los envíos, prestando dinero o lotes de textos, formando compañías comerciales, atendiendo peticiones de particulares, trabajando para las órdenes religiosas, vendiendo a mercaderes, enviando familiares para desarrollar negocios en América, entre otras tareas (p.112).

Pero no solo los mercaderes estuvieron involucrados en el comercio, sino también numerosos particulares. Con el propósito de asegurar la venta de los textos, algunos personajes los dirigieron a sus conocidos en puestos claves de la sociedad colonial. Así, por ejemplo, el dominico Juan de Torreblanca envió en 1639 a Lima 144 ejemplares de un texto titulado *Cuaresma* y 60 de los *Ejercicios del santo rosario de Nuestra Señora*, impresos ambos en Valladolid en 1630. El encargado del transporte fue el mercader Hernando de Almonte. Una vez en Portobelo, Almonte debía cuidar que los libros fueran entregados a Pedro de Santisteban «que baja del Pirú», Pedro de Alarcón, alguacil de la Audiencia de Panamá, o a Miguel de Medina y Juan de Ángel, estos dos últimos pasajeros en la flota que se dirigía a América. Cualquiera de los mencionados que recibiera los libros en Portobelo tenía que remitirlos a Lima. En esta ciudad, el primer destinatario era el capitán Juan Losano de Rojas, y, en ausencia, de este el oidor Galdos de Valencia o el

inquisidor Andrés Juan Gaitán. Los tres habían sido debidamente instruidos por Torreblanca sobre cómo proceder (p. 161).

En la capital del virreinato peruano, una ciudad con una pujante vida económica e intelectual, los destinatarios eran tan diversos como los tipos de libros que se negociaban. En 1615 el jesuita Alonso de Escobar remitió desde Sevilla a María de Uzátegui, residente en Lima, un cajón con libros junto con dos pinturas al óleo, una de la Anunciación y otra de la Oración en el huerto (pp. 176-177). Es conocido que María de Uzátegui y su marido el contador Francisco de la Masa fueron los protectores de Santa Rosa de Lima y, como tales, la acogieron en su casa durante los últimos años de su vida, hasta su muerte ocurrida en 1617. Los libros y cuadros procedentes de Sevilla debieron servir para alimentar la piedad de ese cenáculo de gente piadosa.

También desde Sevilla la Compañía de Jesús exportó numerosos libros al Nuevo Mundo. Los contactos de los jesuitas con importantes libreros e impresores en los principales centros editoriales de Europa les permitió atender los numerosos y frecuentes pedidos de sus miembros y colegios, como también de particulares establecidos en tierras americanas. Así también algunos hombres de letras, como el limeño Pedro de Peralta, se sirvieron de los jesuitas para adquirir libros inexistentes en el mercado local. Claro que, no faltaron ocasiones en las que los jesuitas destinaron a América algunos títulos, comisionados por la propia orden, con fines de propaganda. Tal fue el caso de *Vida de San Ignacio de Loyola* de Pedro de Rivadeneyra, que el procurador general de Indias, residente en Sevilla, envió en grandes cantidades (p. 279).

Hubo con todo ciertos géneros literarios que fueron más exportados que otros. Rueda informa, por ejemplo, sobre la presencia de los tratados de teología moral o *sumas* en las listas de libros de los cargadores de Indias. Fueron numerosas las ediciones de las *sumas* de Manuel Rodríguez, Pedro de Ledesma, Francisco de Toledo y Alonso de la Vega, entre otros, que zurcaron las aguas del Atlántico hasta su destino final en México, Nueva Granada o el Perú (p. 311). La amplia difusión de este género se explica porque, a partir de la aceptación de los decretos del Concilio de Trento por las diversas sedes episcopales americanas, se ordenó a los curas y frailes a cargo de parroquias y doctrinas rurales la posesión de *sumas*, además de otros libros.

Para concluir, solo me quedan hacer algunas breves observaciones sobre el contenido y edición del libro de Pedro Rueda. El título anuncia que se trata de un estudio sobre el comercio de libros en el siglo XVII, pero en verdad está dedicado únicamente a la primera mitad de la centuria. El por qué de la selección de este período es una cuestión que no queda clara. Como mencioné, esta obra de Rueda contiene valiosa y muy variada información. Pero es precisamente ello lo que la hace al mismo tiempo interesante y difícil de leer. Por momentos pareciera que ha habido por parte del autor un afán por incorporar la mayor cantidad posible de datos, al punto de sacrificar la coherencia interna del texto. Asimismo, una historia del comercio atlántico de libros no resulta muy inteligible si no se considera la demanda de la sociedad colonial por determinados tipos de textos. Aunque valioso en sí, el estudio del comercio libresco solo a partir de fuentes europeas resulta, en mi opinión, algo limitado. La edición de este trabajo de Rueda presenta ciertos problemas. De un lado, la incorporación de información innecesaria, como es el caso de todas aquellas mercaderías que se comerciaban con los libros, que distrae la atención del lector; por otro, la poco cuidada bibliografía final, que resulta incompleta porque no recoge diversos y muy valiosos ensayos registrados en las notas a pie de página.

No obstante estas limitaciones, el estudio de Pedro Rueda es una valiosa fuente de información acerca del comercio libresco en el contexto del imperio español. Es una obra que invita a la relectura de las fuentes documentales existentes en los archivos peninsulares y que abre nuevas perspectivas de investigación al interesado en la historia del libro y la lectura en la primera mitad del siglo XVII.

Pedro M. GIBOVICH PÉREZ
Pontificia Universidad Católica del Perú

SANTOS PÉREZ, José Manuel y George CABRAL DE SOUZA (eds.), *El Desafío holandés al dominio ibérico en Brasil en el siglo XVII*, Salamanca, Ediciones Universidad Salamanca, 2006, 290 pp.

La oportunidad única de celebrar un simposium organizado por el Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Salamanca ha originado, entre otras cosas, la edición de esta obra colectiva que reúne varios trabajos que versan sobre el impacto que la ocupación holandesa tuvo en la configuración de una identidad pernambucana y sus consecuencias directas o indirectas en la evolución y formación de Brasil hasta el tiempo actual. Es éste el marco de referencia de esta necesaria compilación en los que el lector puede adentrarse a través de varias aportaciones.

El texto de Pieter C. Emmer, especialista reconocido en la expansión atlántica holandesa, es una aguda reflexión sobre los diferentes tipos de intercambio que las Provincias Unidas desarrollaron con regiones de Asia, África y América, limitados, en algunos casos, a zonas limítrofes. En un juego de comparación, el autor se pregunta sobre los antecedentes de la hoy ambiguamente llamada globalización y sobre si los europeos necesitaban realmente productos de las colonias, así como otros dilemas aún faltos de mayores investigaciones que demuestran la existencia de reglas con excepciones en la larga historia de los encuentros coloniales. Es un discurso que no de forma sobrada repite algunos problemas como la competitividad entre las naciones europeas, la preeminencia que los holandeses daban al cultivo comercial frente a la política de asentamientos demográficos y el problema, que incluso hoy día sigue siendo una de las secuelas graves de la globalización: el desplazamiento de centros productivos por la búsqueda de mano de obra barata. En la era preindustrial, debido a las extensiones de las plantaciones y el esclavismo, ello era lo bastante rentable como para forzar al europeo a insistir en la creación de una sociedad en la frontera, incluso en el caso de Holanda, un pueblo que era la primera potencia comercial en la propia Europa de la edad moderna cuando inició su andadura atlántica. No por nada, fueron en Brasil, los primeros en controlar un complejo de producción agrícola. El autor plantea también preguntas que tocan las probables hipótesis de la historia contrafactual, llegándose a la conclusión de que el episodio, y fracaso de los holandeses en Brasil, destruyó la oportunidad de un Atlántico holandés mejor debido a la quiebra sufrida por la Compañía de las Indias Occidentales (o WIC).

El texto escrito por Rafael Valladares muestra un episodio claro que demuestra no solo la vivencia histórica de la guerra por parte de las élites coloniales sino de las postcoloniales. Unas y otras construyen una memoria histórica que es, a su vez, la construcción

de la identidad brasileña. Se hace un profundo comentario y análisis de la obra de Cabral de Mello, *Olinda Restaurada (1630-1654)* abanderado del sentir luso-brasileño, heredero de una conciencia política mixta de lo portugués y lo regional brasileño. Permanece la idea tan real de que el sentimiento común contra el invasor ayuda a forjar una identidad de nación. Se analiza la relación existente entre guerra y memoria histórica, teniendo en cuenta 4 variables (colonial, racial, político y confesional). El autor plantea, además, problemas de trasfondo político como el hecho de hasta qué punto influyeron en el conflicto y en las relaciones hispano-portuguesas, las tensiones producidas entre las cortes de Madrid y Lisboa a causa de las diferencias en acatar los problemas que iban produciendo la guerra en Brasil, y su defensa, relegada a segundo plano por la corona española. El autor describe, por un lado, algunos importantes episodios de encuentros entre Armadas, algunos desafortunados, y hace una actualizada descripción de la «guerra lenta». Es una buena descripción de categorías que son analizadas a la luz de los presupuestos metodológicos de la actual historiografía, teniendo en cuenta parámetros diplomáticos, ideológicos y políticos, pero yendo más allá aún, y profundizando en la dinámica de las derivaciones en el plano colonial. En este plano, concluye el autor con gran certeza, que el error de Felipe IV fue quizás, considerar el problema de Brasil como una continuación del problema de Portugal y de los Países Bajos, relegando la cuestión colonial a algo dependiente de los sucesos en Europa e ignorando las nuevas realidades al otro lado del Atlántico, justo cuando en la Península Ibérica, los dos reinos se separaban tras tomar la corona el nuevo rey João IV de Bragança.

La aportación de Manuel Herrero Sánchez, describe cómo la ruptura de Portugal de España (en 1640) y el alineamiento de Brasil con la nueva dinastía de la *Restauração*, fue un factor a tener en cuenta para comprender el acercamiento hispano-neerlandés de 1648. Vaivenes de la política están, en gran parte, condicionados por cuestiones de base económica y entre las cuales desempeña un gran papel el interés de las naciones europeas por acceder a los mercados y áreas de producción coloniales. El autor subraya, de forma acertada, la primacía de estos sobre los factores dinásticos y religiosos, y si verdaderamente hay una primera globalización es en esta guerra total que implica a Europa con el resto del mundo: la carrera por acceder a mercados y áreas de producción que cada vez influirá más y más en los intereses de las elites y gobiernos. Se habla aquí de un modelo holandés de expansión colonial en el que juega el exclusivismo monopolista y la violencia con tal de abrirse camino. El autor recuerda la compleja formación política de la República y lo difícil de acordar decisiones en un escenario político compuesto por diversos cuerpos sin centralización. Es por ello, por lo que comprender el espectro sociopolítico, trasfondo de las avanzadas holandesas atlánticas, es algo necesario para apreciar el calibre de dichas intervenciones y la magnitud de las mismas que sobrepasa a lo político en sí. No sin razón, el autor repite una idea que no por expuesta apenas ha sido tenida en cuenta por algunos estudiosos de la presencia holandesa en Brasil: el vínculo financiero de las firmas comerciales en dichas regiones era muy anterior a la creación de la WIC y a la propia llegada a las costas pernambucanas de las armadas holandesas que protagonizaron, el desembarco y ocupación primero y la guerra contra la población autóctona después. La expulsión de Brasil supuso para estas casas de negocios un traslado de base de operaciones a las islas del Caribe y un cambio de fuerzas que luego condicionaría el devenir de Holanda en América.

El estudio de José Manuel Santos Pérez, coordinador también de la obra, es un esfuerzo novedoso por entender la concepción tardo-feudal del imperio portugués y la natu-

raleza jurídica e institucional de las capitanías donatarias. El autor convence de que para entender el conflicto brasileño hay que comparar las distintas fuerzas estatales que convergen en el mismo. Reseña cómo algunos temas están aún poco estudiados como hasta qué punto influyó la unión dinástica en la formación de Brasil entre 1580 y el fin de la guerra contra los invasores holandeses. Se hace un análisis desde el punto de vista comparativo que conjuga diversos factores y planteamiento de problemas sobre el fracaso de la presencia holandesa en Brasil incluyendo la opinión ya dada por diversos autores al respecto. Es de apreciar la descripción de la forma de guerrear durante el conflicto, que recuerda a las batallas de las guerras de Flandes. Se incide en el fracaso o, más bien, falta de intencionalidad por parte de la Compañía de las Indias Occidentales, de desarrollar una colonización demográfica del territorio conquistado, pero sí de implantar un exclusivismo monopolista con objeto de asegurar la producción a través del capital y asegurar su transporte a Europa, modelo claro que luego ayudaría al desarrollo agrícola de otras islas inglesas y francesas del Caribe y, por último, a la colonia de Surinam. Pero en Brasil, los préstamos holandeses endeudaron a plantadores y dueños de molinos que luego serían los que alimentarían la revuelta. Aún así, los holandeses influyeron en la evolución de las instituciones y alteraron el espectro social de la zona: la Cámara de Olinda funcionó hasta 1637, los comerciantes y agentes del comercio de Holanda se hicieron, durante un tiempo, con el poder político, y se crearon nuevas instituciones como el Consejo de los Escabino, que parece suponer un intento de instaurar en la región un auténtico poder burgués en la sociedad urbana de Recife. Estos fenómenos apenas se atisbaron en relación a la posibilidad de que se produjera una copia de modo de vida neerlandés en la madre patria. La revuelta y la guerra lo coartaron.

Original es la exposición de Marcos Alburquerque, que descubre, desde el punto de vista arqueológico, a una Capitanía de Pernambuco en la que los holandeses estuvieron durante 24 años. En esta línea de investigación se marcan dos comunicaciones incluidas en la obra, los artículos de Oscar F. Hefting, en la Nueva Holanda y, en concreto, con la reconstrucción del Fuerte Orange, en aras de convertirse en un museo arqueológico y centro cultural. El texto de Hans van Westing, complementario con el anterior, en cierta medida, describe minuciosamente aquellos vestigios de la cultura material (como efectos personales, instrumentos para vida diaria, armas, etc.) imprescindibles para conocer la forma de vida de los habitantes de la región, tanto holandeses como luso-brasileños. Alburquerque, por su parte, además de la exposición arqueológica, expone la interesante hipótesis de que la unión de las Coronas (1580-1640) perjudicó al comercio holandés en la zona, razón por la que apareció la idea de la conquista armada del territorio y explica el intento frustrado de ocupar Bahía en 1624, seguido de la invasión de Pernambuco. Pero lo más importante de la obra de este autor es el trabajo que lleva desde el laboratorio de Arqueología de la Universidad Federal de Pernambuco (UFPE) para rescatar lugares históricos de la época colonial, y en especial de aquellos lugares en donde se quedó plasmada la huella holandesa: Recife, Olinda (donde construyeron almacenes y otros edificios y que incendiaron en 1631), fuertes, como el Fuerte Brun (en Recife), Fuerte Orange (en la isla de Itamaracá, bajo bandera holandesa hasta 1648), la construcción de Ciudad Mauricia, o Mauritsstaat, etc. Este trabajo, al igual que las dos comunicaciones citadas, subraya la importancia del rescate de la cultura material y de las obras arquitectónicas conocidas a través de los documentos y, ahora, tangible escenario de los hechos históricos, incluyendo también algunos episodios cruentos de las fases bélicas. El estudio de estos vestigios materiales también alumbró circunstancias menos conocidas en la propia

documentación. Por ejemplo, se describe como el regreso de Johan Maurits van Nassau a Europa contribuyó a acelerar y recrudecer la lucha por la independencia. Así, la lucha braganzista contra los Habsburgo y la independencia entre España y Portugal aceleró el proceso en un Brasil que había tomado la opción de los Braganças. Y ello a pesar de que Portugal reconoció la pérdida de Pernambuco en una época en la que no podía enfrentarse a España y a las Provincias Unidas a la vez. Los combates y batallas por la independencia y por expulsar a los holandeses de sus tierras han quedado ilustrados en unos sobrecogedores vestigios arqueológicos.

La aportación de Stuart B. Schwartz, conocido especialista en la historia de Brasil, analiza el contexto social y la práctica de la tolerancia religiosa en una sociedad en conflicto. Se hace alarde de la intención de Johan Maurits van Nassau en contemporizar a judíos, católicos y calvinistas, que es quizás un ejemplo único de lucha por la tolerancia en una sociedad colonial. Pero fue un período infructuoso, acabando con la marcha de Nassau y la reacción de los residentes portugueses con la llamada «Guerra de liberación Divina» (1645-1654) que pretendía vestir de lucha religiosa el trasfondo del conflicto. Se analizan los factores que ayudaron a la práctica de una tolerancia de conveniencia, primero, y la posterior divergencia entre los distintos grupos socio-religiosos, después. El autor enmarca el estudio en un contexto temático concreto y complejo como son los estudios sobre tolerancia religiosa y las necesidades impuestas desde arriba de iniciar un proceso de connivencia entre religiones por necesidades políticas, algo que no sucedió de forma igual en todos los países de Europa, y que sin duda, está muy falto de estudios, a pesar de la existencia de una literatura clásica y no tan clásica sobre el discurso de la tolerancia en el Antiguo Régimen. El autor analiza, con precaución, las respuestas portuguesas a la tolerancia impartida por los holandeses que se produjo en un marco de doble intencionalidad, según el autor, por parte de los portugueses, y que solo ayudó a fortalecer la semilla de la discordia entre los grupos.

Ernst Van Den Bogaart, presenta un trabajo extraordinario sobre los gustos aristocráticos europeos por algunas costumbres y prácticas de las tribus amerindias. Es el ejemplo que ilustra el impacto que la obra de Albert Eckhout de la danza de los tapuyas, realizada en 1640 para decorar un palacio en Recife del príncipe Nassau. Lejos de significar un interés por lo antropológico, este trabajo ayuda a comprender el impacto cultural del exotismo, en las ideas de la colonia y de las tribus indígenas, para el europeo. El trabajo desarrolla ampliamente el contexto de la discusión sobre la naturaleza del indio americano, muy en auge durante el siglo XVII. Algunas cuestiones como su rudimentaria forma de vida, el canibalismo, el desconocimiento y desprecio de la jerarquía social y la autoridad produjeron un gran impacto en las élites cultas de la Europa del momento. Así, el reflejo de estas costumbres, aparece en este contexto como un documento etnográfico de gran riqueza, al mostrar no solo a estos indígenas, sino que deja traslucir también la idea que en Europa se tenía de ellos. Estas discusiones y la representación etnográfica de algunas de ellas, ya en la propia época, suponen una fuente única para el conocimiento del otro, en una época en la que estas propias crónicas y la iconografía misma eran utilizadas como un arma arrojadiza entre diferentes grupos intelectuales, políticos y, sobre todo, religiosos.

El texto de George Félix Cabral de Souza analiza las consecuencias sociales y políticas de la dominación holandesa, alargándose entre la segunda mitad del siglo XVII y el XIX, y centrándose en la ciudad de Recife. Es una «larga duración» marcada por la generación y eclosión, en palabras del autor, de fuertes tensiones entre los intereses locales y

la política metropolitana. La destrucción de Olinda y la conversión de Recife en una urbe portuaria de gran importancia comercial y estratégica para los holandeses dio lugar a la creación de nuevas sinergias en el mapa social y político de Brasil que, paradójicamente, parecen sobrevivir a la guerra de Restauración pernambucana (1645-1654). Durante la gobernación de Vidal de Negreiros, entre 1657 y 1661, se intentó devolver la capitalidad a la antigua ciudad, pero en vano, pues ya la nueva Recife había atraído a las élites más influyentes, fortaleciéndose la Cámara de Recife (o cámara municipal) que absorbió poderes, aún sin darse por finalizadas las tensiones sociales y políticas entre Olinda y Recife. En esta ciudad se formó una élite mercantil de origen portugués que consolidó intereses opuestos a la monarquía lusitana en 1817.

El análisis económico de Enriqueta Vila Vilar sobre la presencia holandesa en el Caribe parece, en un primer momento, diferenciarse de la muy concreta línea seguida por el resto de los textos. No obstante, se trata de una buena síntesis de cómo los holandeses alteran el panorama comercial del Caribe, lo cual guarda una gran relación con lo que pasa en el resto de continente americano y en el posicionamiento de la Península Ibérica en este comercio. Se señala el conocido año clave de 1621, y la creación de la West Indische Compagnie (WIC) como principal arma de guerra y comercio en el Atlántico holandés. El intento de ataque a Puerto Rico (1625) fue la primera ofensiva holandesa en el Caribe. Los intentos de asentamientos en el Caribe a partir de 1630, se basan en torno a la colocación de fuertes y factorías desde donde interceptar el comercio de otros. El negocio de la trata de esclavos es clave para entender la consolidación de la situación de los negocios holandeses en este espacio a partir de la década de 1640. En relación a este tema, una comunicación no menos interesantes, de Clície Adão, sobre los intentos holandeses de extenderse en su influencia por el resto de la América hispana, describe las ofensivas, mucho menos conocidas y estudiadas, sobre Buenos Aires y Chile. A pesar de ello existen interesantes crónicas del mismo período en sí, al igual que existen sobre Brasil y otras áreas, y que son citadas convenientemente a lo largo de estos trabajos. Se cita además otros tantos recopilatorios de fuentes menos conocidas y, que junto a la densidad y belleza de las exposiciones, suponen uno de los atractivos de esta compilación.

Este coloquio, al igual que la exposición que fue celebrada al mismo tiempo, da a conocer una importante bibliografía y un extenso corpus documental en relación al tema. De esta larga tradición historiográfica sobre Brasil se hace una breve reseña en la introducción de libro, y sirve para ilustrar las diferentes lecturas de esta región y de este período histórico cuando se cumplían ya 350 años de la «Restauração» (en el año 2004). Hay que decir en honor a la verdad, que esta obra no solo continúa sino que hace contemporizar diversas líneas que confluyen hoy día en trabajos de investigación novedosos e interesantes. Las aportaciones, desde diversas tendencias, ofrecen una panorámica fiel de los actuales temas tratados. Lejos de recordar y celebrar esta efeméride, esta compilación y, sobre todo el esfuerzo de los coordinadores, da, además, su lugar, en la actual historiografía, a las investigaciones sobre la historia de Brasil.

Ana CRESPO SOLANA
Instituto de Historia, CSIC

SCHWARZ, Ingo, *Alexander von Humboldt und die Vereinigten Staaten von Amerika*, Briefwechsel. Berlín, Akademie Verlag, 2004, 691 pp.

Desde hace varios años, el Centro de estudios humboldtianos (Alexander-von-Humboldt-Forschungsstelle) de la *Academia de Ciencias de Berlín-Brandenburgo* tiene como objetivo editar partes de la inmensa correspondencia que Alexander von Humboldt mantuvo con innumerables científicos, políticos, exploradores o eruditos en todo el mundo. La base documental para esta tarea la constituye el archivo de la correspondencia de Humboldt que se ha creado en este centro y que procura tener una copia, o al menos la referencia, de cada una de las cartas del sabio explorador todavía existentes. Sin embargo, la edición completa de este material resulta inviable a corto plazo debido al elevado número de cartas existentes, y al prolongado tiempo de dedicación que requeriría una minuciosa edición de cada uno de estos escritos por los especialistas del centro humboldtiano. Por lo tanto, se ha optado por ediciones parciales cuyo foco de atención son zonas geográficas o personajes de interés y entre las que podemos mencionar una selección de sus cartas desde América y su correspondencia con Emil du Bois-Reymond.

Siguiendo esta línea editorial, ahora también está accesible al público interesado la recopilación de la correspondencia de Alexander von Humboldt con distintas personalidades de los EEUU. El editor de estas cartas es Ingo Schwarz, conocido especialista y autor de numerosos trabajos sobre la estancia de Humboldt en los EEUU durante la primavera de 1804 y, principalmente, sobre su relación con el entonces presidente Thomas Jefferson. Todo su conocimiento sobre este tema, adquirido a lo largo de numerosos años de investigación, ha contribuido a que este volumen constituya una valiosa aportación a los estudios humboldtianos.

El trabajo comienza con una detallada introducción de casi 55 páginas en las que Schwarz describe primero de manera general la visita de Humboldt a los EEUU, para, a continuación, profundizar en la amistad que Humboldt tuvo y mantuvo durante casi 20 años con Thomas Jefferson. En este punto pone el énfasis en el intercambio científico entre ambos personajes a lo largo de estos años, aspecto este que ha sido intensamente estudiado por Schwarz. En el siguiente apartado de la introducción describe la correspondencia y el contacto personal que Humboldt tuvo en sus años parisinos (1804-1827) con numerosas personalidades de los EEUU. Se trata de personajes tan distinguidos y procedentes de diversos ámbitos científicos, políticos y culturales como David Bailie Warden, Washington Irving y Albert Gallatin. El apartado después se ocupa de los contactos humboldtianos en los EEUU tras su vuelta a Berlín. Aquí el editor se dedica de nuevo a Albert Gallatin, que en este momento ya había obtenido el puesto de director de banco y experto financiero, pero también habla de Louis Agassiz, Matthew Fontaine Maury, John F. Frémont, Balduin Möllhausen, George Catlin, George Ticknor y Johann Gottfried Flügel. La información que nos brinda Schwarz en todas estas secciones nos ayuda a situar la correspondencia ofrecida a continuación en su contexto histórico y personal; son, por lo tanto, datos imprescindibles para la plena comprensión de las cartas publicadas. El autor termina su introducción con un último apartado sobre la percepción del viajero prusiano en los EEUU a lo largo de los años.

Tras este estudio introductorio se ofrece al lector un conjunto de 315 cartas, escritas entre 1804 y 1859 por, o dirigidas a, diferentes personalidades, entre las que se encuentran las anteriormente mencionadas. Los principios de edición aplicados consisten en

presentar los documentos de la manera más fiel posible en relación con el manuscrito, en el idioma en el que fueron redactados y manteniendo la ortografía y la puntuación aplicada. Los errores evidentes o las repeticiones, sin embargo, han sido corregidas. Con cada carta se indica la localización del documento así como los lugares donde ha sido publicado hasta el momento. Además, las cartas están enriquecidas con notas a pie de página que ofrecen datos concretos sobre la persona, el lugar o la institución mencionada, o dan al lector información adicional para una mejor comprensión de los hechos mencionados. En otros casos hacen referencia a otros escritos que están vinculados de alguna manera con la presente carta. Aquí destaca el profundo conocimiento del autor, tanto de los documentos mismos como del contexto personal e histórico, que se plasma en estos comentarios de texto.

En el extenso apéndice de 90 páginas se explican los símbolos y abreviaturas usadas, así como las medidas y los pesos mencionados. Finalmente, se ofrece al lector una amplia bibliografía, un índice de los personajes a los que se hace referencia y un índice general.

Esta obra tan útil demuestra las diversas facetas del interés que Humboldt tuvo por los EEUU hasta el final de sus días, ya que mantuvo contacto con los distintos sectores de este país. También se manifiesta que durante todos estos años el prusiano siempre se encontró muy ligado a en esta joven república y bien informado sobre los sucesos que en ella acontecían. Lo que es especialmente interesante en este contexto es la visión que de los EEUU tenía Humboldt, es decir, las esperanzas que albergaba en relación con el significado del primer país independiente en América.

En conclusión, esta obra es altamente recomendable al tratarse, en primer lugar, de una recopilación sumamente provechosa y elaborada según criterios estrictamente científicos. Al mismo tiempo, se presenta también como un libro de lectura amena, no solamente para los especialistas en Humboldt o para los interesados en alguna de las personas con las que este mantenía correspondencia, sino también para el público general, cuyo interés es capaz de cautivar al ofrecer, a través de la correspondencia cruzada entre los personajes más notorios de esta época, una perspectiva muy interesante de los acontecimientos e intereses predominantes en la primera mitad del siglo XIX.

Sandra REBOK
Instituto de Historia, CSIC

SERULNIKOV, Sergio, *Conflictos sociales e insurrección en el mundo colonial andino. El norte de Potosí en el siglo XVIII*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, 468 pp.

Publicado originalmente en el año 2003 con el título *Subverting Colonial Authority*, este ejemplar trabajo ilustra la posibilidad de revisar conjuntamente episodios y períodos históricos narrados desde la historia «imperial», por una parte, y como fenómenos de movilización popular, por la otra¹. Su objeto es la relación entre las implicaciones jurídicas de las reformas borbónicas y la politización campesina en la zona de Chayanta (actual Bolivia),

¹ Sergio Serulnikov, *Subverting Colonial Authority. Challenges to Spanish Rule in Eighteenth-Century Southern Andes* (Durham: Duke University Press, 2003).

como precedente a la gran insurrección de 1781. El gran logro y aporte histórico del libro es demostrar de qué manera diferentes definiciones de *lo colonial* tuvieron consecuencias en la práctica. Al ser apropiadas de distintas formas por los grupos sociales que permanecían en la tensión de la relación colonial durante los siglos XVII y XVIII —oficiales de gobierno, elites rurales, e indígenas campesinos, las nociones sobre justicia y las definiciones de la legitimidad del gobierno colonial competían, y en el caso de este estudio vemos cómo resultaron en crisis. Serulnikov demuestra que los grupos campesinos de Chayanta se habían incorporado al sistema colonial desde su base, utilizando principios de legitimidad comunal para determinar el deber y la capacidad del gobierno «imperial» de ejercer justicia. Es decir, como parte de su existencia dentro de la monarquía, la estructura política de las comunidades determinó durante largo tiempo la forma en que se ejercía el gobierno. Si bien durante los años previos a las reformas borbónicas el sistema de gobierno indirecto funcionó, asegurando la legitimidad del régimen y el control eficiente de las comunidades por parte del estado, esto cambió durante el siglo XVIII. Serulnikov demuestra que los cambios fueron la expresión de dos procesos simultáneos: un cambio institucional promovido desde arriba, en el nivel de la ley y la autoridad (el absolutismo Borbón) y otro que tuvo lugar desde abajo: la erosión simbólica y material de la estructura de las comunidades andinas, que conllevó al creciente número de protestas sociales y, finalmente, a la rebelión.

La importancia de diferenciar y comparar las etapas y regiones de la insurrección en Cuzco, La Paz y Chayanta es enorme, como lo muestra este trabajo². En particular, las diferencias políticas regionales conciernen al origen, desarrollo, metas y consecuencias finales de la insurrección. Por ejemplo, el proyecto de La Paz estuvo caracterizado por un movimiento de base que tenía connotaciones raciales radicales, y a diferencia del Cuzco no tenía ningún interés por generar alianzas interraciales a nivel local para consolidar el proyecto anticolonial. En Chayanta, como explicaré en más detalle, el proceso estuvo marcado por la manera en que los indígenas se habían apropiado de las estructuras del gobierno colonial. Por esto, Serulnikov considera que la particularidad de tal insurrección debe apreciarse ante todo como un reto a las nociones coloniales sobre la subalternidad indígena, en el centro de la legitimidad del gobierno colonial.

En las tres últimas décadas se ha proliferado la historiografía sobre las estrategias adaptativas y de resistencia de los campesinos indígenas en los Andes del sur en el contexto colonial. Constituyendo una corriente de historia social Latinoamericana, y en cercana relación con la investigación antropológica en la zona, esta historiografía ha demostrado la permanencia de rasgos étnicos distintivos durante el periodo colonial hasta el presente. El trabajo de Serulnikov utiliza de manera estratégica evidencias sobre la economía y ecología andinas, así como la particular trascendencia de definiciones étnicas de la identidad a pesar del proyecto Toledano en la región³. La historia social ha dado lugar a una visión dinámica de la historia de los grupos rurales en Bolivia, abriendo espacio

² En esta línea de análisis, el trabajo de Serulnikov se une al publicado por Sinclair Thomson, *We Alone Will Rule. Native Andean Politics in the Age of Insurrection* (Madison: University of Wisconsin Press, 2002). Estos estudios revisan las secciones menos estudiadas de la gran insurrección —Thomson La Paz y Serulnikov Chayanta— de la que se conoce más comúnmente la que fue liderada por Túpac Amaru en la región del Cuzco. Ambos aplican de manera innovadora un lente político al estudio histórico de las comunidades indígenas de Bolivia en el periodo colonial.

³ En sus doce años de gobierno en la zona, el Virrey Toledo (1569-1581) emprendió una reacomodación de la población indígena en pueblos, estructuras hispánicas fundamentales.

para plantear preguntas diferentes sobre lo que en otro marco analítico, estructuralista y dependentista, hubiese sido imposible de pensar⁴. Es decir que mientras los estructuralistas trazaron la expansión directa y lineal de las economías mercantiles y pintaron un panorama de extinción de las economías étnicas, los trabajos de historia social permiten ver que en el norte de Potosí la sociedad nativa sí pasó por un profundo proceso de fragmentación desde la conquista española, pero también fue capaz de conservar las bases fundamentales de su organización social.

En este contexto, el trabajo de Serulnikov interpela estos debates de historia colonial tardía y de antropología cultural en el mundo andino en tres niveles. Primero, se distancia de la tradición historiográfica que se enfoca en las insurrecciones para estudiar los significados y los contextos políticos de la violencia colectiva⁵. El análisis no privilegia la fuerza como el único mecanismo popular para interpelar al sistema colonial. En este sentido, a pesar de que el eje histórico central de este trabajo es la insurrección de 1781, Serulnikov busca estudiar *positivamente* las raíces de la insurgencia indígena, en las rutinas políticas y jurídicas de las comunidades indígenas durante el siglo XVIII. Así, en el libro vemos una narración que muestra cómo en Chayanta la rebelión de 1781 viene impulsada sobretudo por las experiencias exitosas de los movimientos previos de protesta indígena. Esto también implica que las nociones de legitimidad política de los campesinos estaban profundamente atadas a las realidades del gobierno colonial, y los horizontes ideológicos de las comunidades indígenas se expandían más allá del nivel de la comunidad, involucrándose activamente con el sistema jurídico colonial.

En segundo lugar, el trabajo integra tres niveles de análisis que, como señalé antes, han sido generalmente reconstruidos de manera independiente: la relación entre el imperio (o la monarquía), el gobierno colonial, y la sociedad rural. Específicamente, Serulnikov define y observa la interacción entre los distintos niveles como el *proceso* de construcción del estado colonial. Aquí se encuentra tal vez la más interesante particularidad de la perspectiva del autor: integrar el concepto de *hegemonía*, que ha sido central al estudio de América Latina en los siglos XIX y XX (es decir en el período nacional o postcolonial), al estudio de la sociedad colonial. El autor dice que la hegemonía del estado debe ser examinada desde dos perspectivas complementarias: como un proceso y no como una estructura estable de dominación, y como proyectos inherentemente ambivalentes, más que como modelos ideológicos cohesivos⁶. Usando este concepto Serulnikov

⁴ Revisiones a la percepción de las estructuras coloniales como totalitarias y de la perspectiva estructuralista pueden encontrarse en Brooke Larson y Olivia Harris con Enrique Tandeter (eds) *Ethnicity, Markets, and Migration in the Andes: At the crossroads of history and anthropology* (Duke, 1995).

⁵ Una importante referencia en los estudios de rebelión e insurrección andina es Steve Stern ed., *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World* (Madison: University of Wisconsin Press, 1987).

⁶ Pg. 9. Serulnikov cita trabajos sobre la transición del gobierno colonial al gobierno nacional en Méjico y Perú, que han utilizado la noción de formación del estado como herramienta para unificar (lo que tradicionalmente se ha llamado) «el estado» con «la sociedad», y estudiar su relación como un proceso histórico. Ver Gilbert Joseph y Daniel Nugent comps., *Everyday Forms of State Formation* (Durham: Duke University Press, 1994); Florencia Mallon, *Peasant and Nation* (Berkeley: University of California Press, 1995); Mark Thurner, *From Two Republics to One Divided: Contradicting Postcolonial Nation Making in Andean Peru*, (Durham, Duke University Press, 1997).

demuestra la importancia de integrar a los sectores populares en el estudio del estado y, a la vez, resalta el carácter histórico de las luchas políticas que tienen lugar en la constitución de sistemas políticos imperiales, en los distintos niveles ya mencionados. Por ello en este libro vemos cómo la transformación política durante la era de los Borbones —la intensificación de la lucha al interior de las élites entre las agencias del gobierno imperial, regional, y local, así como la lucha entre el gobierno y la Iglesia Católica, sumado al incremento de las protestas campesinas, conjuntamente transformaron la percepción y el alcance de las instituciones hispánicas en los Andes. Serulnikov demuestra que lo que estaba en juego en este proceso, eran los fundamentos de la legitimidad colonial.

En este sentido, este trabajo incursiona en dos aspectos cruciales de las nociones sobre lo político, la autoridad y la ley, estudiando su relación desde el punto de vista de la práctica, a partir de sus significados en el contexto colonial⁷. En cuanto a lo primero es interesante ver que la autoridad, como fenómeno local, solamente puede ser entendida en los Andes teniendo en cuenta el papel de los jefes étnicos en las zonas rurales. El siglo XVIII coincide con el debilitamiento de la institución hereditaria de los cacicazgos, siendo que los grupos indígenas dejaron de considerar los derechos hereditarios como un requisito suficiente para el gobierno de las comunidades. Esto es el origen de la crisis de la autoridad a nivel de los ayllus andinos, y es lo que Serulnikov estudia paralelamente a los cambios en la estructura de gobierno «imperial»⁸. En cuanto a la ley, este trabajo también propone una definición social de la misma, donde el proceso de la aplicación de la ley era menos un problema de coerción estatal que un balance local de fuerzas. Y en la medida en que la evidencia demuestra que durante el siglo XVIII las comunidades indígenas se apropiaron cada vez más de los mecanismos jurídicos, o en otras palabras, que la actividad jurídica indígena aumentó, Serulnikov argumenta que los mecanismos de sujeción política del sistema colonial estaban erosionándose.

También en este aspecto el uso del concepto de hegemonía merece ser resaltado. Serulnikov sigue el trabajo pionero de Steve Stern quien, en su estudio sobre Huamanga (Perú) a mediados del siglo XVII, señaló que el sistema de justicia español tuvo una profunda relación con la dominación colonial sobre los grupos indígenas. Según Stern, debido a que los indígenas utilizaron las instituciones jurídicas individualmente, «se debilitó la posibilidad de organizar un movimiento más amplio, más unificado e independiente, de parte de los campesinos»⁹. Serulnikov, estudiando otra región y un siglo y medio más adelante, demuestra que los discursos coloniales no fueron del todo estáticos o totalizantes. Y afirma que, por el contrario, la incorporación colectiva de los campesinos a las instituciones coloniales y su adaptación de valores políticos hispánicos, como la apropiación de la noción de derechos para la defensa de sus intereses, permitió que las comunidades subvirtieran la autoridad colonial. Aunque ha despertado poca discusión en el me-

⁷ Es importante tener en cuenta el plural de los significados. Como lo muestra el título del cuarto capítulo del libro «Antagónicas representaciones de legitimidad colonial», un eje de esta discusión es explicar el progresivo enfrentamiento entre las nociones hispánicas del colonialismo y las nociones indígenas del mismo.

⁸ Ayllus son las unidades del nivel más básico de organización étnica, en torno a la posesión de tierras comunales.

⁹ Steve Stern, *Peru's Indian Peoples and the Challenge of the Spanish Conquest* (Madison: University of Wisconsin Press, 1982), 135.

dio académico norteamericano desde su publicación original en 2003, el uso de esta terminología invita a debatir sobre las implicaciones de abordar el contexto colonial con este tipo de conceptos que, me parece a mi, están imbricados con una noción liberal de la política¹⁰. El autor parece equiparar la naturaleza del poder en el antiguo régimen y en el orden nacional-constitucional. Por eso el marco analítico que propone el libro deja abierta la pregunta sobre cuáles pueden ser las diferencias entre el mundo colonial y el nacional en términos de la construcción del estado. Aun así, el mérito del uso del concepto de hegemonía es evidente pues permite explorar un aspecto fundamental de la historia de la monarquía hispánica en América que poco se ha problematizado: los actores y las estructuras políticas locales que estuvieron en la base del sistema colonial y su papel en el proceso de negociación de la autoridad durante la colonia.

El tercer nivel de análisis historiográfico y antropológico en el que se ubica esta investigación se refiere a la emergencia de la conciencia y solidaridad étnicas, en el contexto de una creciente crisis cultural. Serulnikov invierte la manera en que tradicionalmente se ha descrito el rol de la «utopía Andina» en la insurrección, que se asocia con la propagación de nociones milenarias inspiradas en el tema del retorno del rey Inca. Se trata más bien, según esta interpretación de los fundamentos políticos de la insurgencia indígena, del resultado y no el origen de la crisis de la autoridad colonial en la región. En la medida en que los campesinos indígenas de la zona del norte de Potosí pudieron superar las tendencias hacia la fragmentación étnica (implícitas en el sistema colonial) se constituyeron en actores políticos al utilizar no solamente la fuerza sino también la ley de manera exitosa. Fue así que se ubicaron en una posición que les permitió exigir derechos como indígenas y obligar al gobierno colonial a cumplir con las expectativas corporativas de las comunidades. Desde una posición «contra-hegemónica», y en concierto con las otras áreas que se levantaron en 1781, en Chayanta el tema incaico se integró a los motores de la insurrección en su fase tardía y no antes.

En este tercer aspecto este libro es un aporte historiográfico que propone una revisión de presupuestos fundamentales del orden político nacional en los países de América Latina. Tal como lo hace Serulnikov, es posible denunciar las nociones coloniales (que también se encuentran en la base de la estructura política nacional) de sumisión étnica que justificaron la opresión política y económica de ciertos grupos, demostrando que funcionaron generando una imagen apolítica de las comunidades indígenas. En gran medida, el poder simbólico del estado colonial consistía en demarcar a los campesinos de la racionalidad legal sobre la que se erigió el proyecto imperial/colonial. El proyecto crítico de hacer historia de esta manera, documenta cómo ese presupuesto de la dominación étnica fue cuestionado constantemente, probando que estos mismos grupos apelaron siempre a la legalidad para hacer justicia. Y «en este proceso, los campesinos andinos no sólo ampliaron sus horizontes de identidad colectiva: redefinieron representaciones binarias de la sociedad indígena como sujetos pasivos del dominio europeo o, en su defecto, entidades culturales autónomas y aisladas»¹¹.

Marcela ECHEVERRI
New York University

¹⁰ Recientemente también Peter Guardino, *The Time of Liberty. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850* (Durham: Duke University Press, 2005) utilizó el concepto de hegemonía para el período colonial y la transición a la independencia en Oaxaca.

¹¹ Pg. 8.

VAS MINGO, Marta Milagros del y Miguel LUQUE TALAVÁN, *El laberinto del comercio naval. La avería en el tráfico marítimo-mercantil indiano*, Valladolid, Seminario Iberoamericano de Descubrimientos y Cartografía, Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal, 2004, 280 pp.

Fruto de la prolongada colaboración entre los doctores Marta Milagros del Vas Mingo y Miguel Luque Talaván, este estudio constituye un aporte significativo al conocimiento de uno de los instrumentos jurídicos del comercio marítimo indiano: la avería. No obstante haber tenido una apreciable influencia en las transacciones mercantiles, al haber facilitado los intercambios y limitado la incidencia económica de los riesgos de la navegación, los diversos tipos de avería no han recibido por parte de la historiografía un tratamiento acorde a su incidencia en la práctica comercial indiana. Del mismo modo, este fenómeno resalta si se tienen presentes la gran atención prestada por la Corona a estos asuntos, en su afán de reglamentar la navegación y el comercio, y el interés de los propios mercaderes que, buscando respuestas a sus problemas específicos, desarrollaron prácticas y conductas que constituyeron el origen de una cantidad significativa de instrumentos protectores del comercio.

En cuanto a su fundamento documental, este *Laberinto del comercio naval* que nos ocupa se apoya en un amplio elenco de fuentes, conformado tanto por numerosas disposiciones legales como por abundante literatura jurídica, procedente de archivos y bibliotecas europeas y americanas. A su vez, también incorpora una extensa y exhaustiva bibliografía que recorre los diversos períodos del estudio del Derecho Indiano mercantil.

Respecto de su estructura, la obra consta de cinco capítulos, una reflexión final y unos provechosos apéndices. El primero de sus apartados constituye un repaso de los principales cuerpos legales marítimos pertenecientes a las tradiciones navales atlántica y mediterránea. La importancia de este capítulo se justifica por el hecho de que los autores se muestran atentos, siempre que sea posible, a los elementos de las distintas tradiciones jurídicas mercantiles que influyeron en la formación de las figuras del Derecho marítimo Indiano.

Mientras que el segundo apartado aborda algunas consideraciones de carácter general sobre el Derecho mercantil Indiano, el tercer capítulo constituye el eje estructurante de la obra. En él, los autores clasifican y analizan los diversos tipos de riesgos que amenazaban a las transacciones marítimas y establecen una correspondencia con los instrumentos jurídicos desarrollados para paliar sus nocivas consecuencias en caso de producirse un siniestro, de modo que el seguro procuraba cubrir los riesgos ordinarios, el contrato de fletamento los riesgos dolosos y negligentes, y la avería los riesgos extraordinarios. El contrato de fletamento, que cubría la baratería del patrón, resultaba el más importante de estos tres instrumentos, puesto que los otros dos operaban de un modo complementario. Por su parte, el seguro había tenido una tempranísima implementación en el ámbito indiano, aunque en los primeros tiempos era concertado entre particulares de manera consuetudinaria. De cualquier modo, pronto la Corona se abocó a normalizar las pólizas de seguro que fueron reglamentadas por las Ordenanzas del Consulado de Sevilla de 1556.

El estudio de la avería, cuestión compleja que se ha prestado a numerosos equívocos, es reservado para un amplio desarrollo en el apartado cuarto. Aquí, Vas Mingo y Luque Talaván conducen al lector a través de las diversas lecturas e interpretaciones de las que fue objeto la avería desde el siglo XVII hasta la actualidad, revisión que concluyen señalando las deficiencias y limitaciones de algunos de los estudios que abordaron esta pro-

blemática. Por otra parte, tampoco los autores rehúyen el debate en torno a la etimología de la voz *avería*, ni a seguir las etapas de su desarrollo histórico. Ya en el terreno de la clasificación de los tipos de *avería*, esta obra constituye una revisión de los esquemas propuestos por los trabajos de Zumalacárregui y Céspedes del Castillo. Como una primera discriminación, los autores señalan la existencia de dos tipos de *avería* según el fin con el que fueron creadas, ya fuera la prevención de riesgos o la restitución de los daños ocasionados por un siniestro. Así, plantean una inmediata distinción entre *averías* recaudatorias con fines preventivos, entre la que se incluyen la *avería* consular y la *avería* de disminución de riesgos, y las *averías* gastos y restitutorias de daños que comprenden la *avería* ordinaria, la *avería* simple y la *avería* gruesa.

Si bien todas las tipologías están sujetas a un tratamiento individual, la que más atrae la atención de nuestros autores es la *avería* de disminución de riesgos. Este instrumento jurídico, surgido específicamente para el ámbito americano, tuvo su origen en una solicitud elevada a Carlos V por algunos mercaderes sevillanos para que se les permitiera fletar una armada con la que proteger el comercio indiano de los corsarios franceses. A partir de la aprobación real, la *avería* de disminución de riesgos se configuró como un sistema de protección naval, solventado por todos los comerciantes que participaban del comercio indiano —incluida la Corona—, que consistía en el alquiler de una flota de defensa para prevenir el ataque de piratas, bucaneros o filibusteros en la travesía entre Indias y España. De este modo quedó establecido un instrumento de gran importancia para la regulación del comercio atlántico, ya que la *avería* de disminución de riesgos se convirtió en uno de los pilares del sistema de flotas y galeones.

Continuando con el estudio de esta modalidad de *avería*, el quinto capítulo encara el estudio detallado de los aspectos legales relativos a su cobro y a su distribución a través del *Cedulario Indiano* de Encinas, de la *Recopilación de Indias*, del *Diccionario de Gobierno y Legislación* de Ayala y de numerosas Ordenanzas Consulares del siglo XVIII. Además, los autores realizan una descripción del personal encargado de la administración, recepción, contabilidad y recaudo de la *avería*, y de los requisitos armamentísticos de las armadas de la carrera de Indias según la capacidad de las naves. En todas estas cuestiones se puede apreciar la profusión de normativas reales que traducen el gran interés de la Corona por asegurar cierta regularidad a los intercambios atlánticos.

Por último, este prolijo y documentado trabajo incluye seis apéndices muy útiles en los cuales se recogen las normativas, procedentes de diversos corpus legales, referidas a la *avería* de disminución de riesgos, a la *avería* gruesa y a la dotación armamentística de las naves de la carrera de Indias.

En definitiva, nos hallamos ante un estudio sólido que ha logrado un interesante equilibrio entre profundidad y claridad expositiva y que parece estar destinado a convertirse en un referente de todos aquellos interesados en el complejo —y a veces laberíntico— entramado del Derecho mercantil Indiano.

Arrigo AMADORI
Universidad Complutense de Madrid

WEBER, David J., *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of the Enlightenment*, New Haven-London, Yale University Press, 2005, xvii + 466 pp.

No hubo en América una sola e invariable 'política indígena española'. En realidad, hubo tantas actitudes y medidas, tantas tácticas y estrategias, como exigieron o permitieron los diferentes entornos y tiempos, circunstancias e intereses, que incidieron sobre la presencia española en América. Ésta es una de las tesis centrales del nuevo libro de David J. Weber, que emprende el estudio de los reinados de Carlos III y Carlos IV, con el objeto preciso de «intentar explicar las actitudes de los españoles hacia los 'indios bravos', y sus relaciones con ellos, a lo largo y ancho de los continentes americanos hacia fines del siglo XVIII.» (pp. 12-13).

Los ilustrados españoles evidentemente no formaban un grupo homogéneo, pero por encima de sus divergencias ideológicas y políticas, sus intereses de grupo, sus ambiciones personales, y su particular capacidad de maniobra en cualquier momento, compartían la noción de que el progreso humano resultaría de la aplicación de la razón a los problemas de la sociedad. Una de sus preocupaciones dentro de esta línea se centraba en la situación de los súbditos indígenas de la Corona. También en este tema hubo grandes divergencias respecto de los objetivos deseados y la mejor política a seguir, pero en última instancia las opiniones valían poco ante las incertidumbres y vacilaciones, ante los peligros reales e imaginados, y ante las razones y prioridades del estado. Ésta es otra tesis central de David Weber en este libro: «Al final, el pragmatismo y el poder tendían a prevalecer sobre las ideas» (p. 3).

Estructurado en seis capítulos, el estudio profundiza en las «nuevas sensibilidades» de los ilustrados españoles en España y América hacia los indígenas, para ir presentando y desmenuzando, mediante una casuística detalladamente documentada, diferentes aspectos de las relaciones entre «españoles» e «indios bárbaros.» Por las páginas de este libro desfilan Semínolas, Criks, Cheroquis, Chactas, y Chicasas, Osages, Kansa, Caddos, Wichitas, Taovayas, Tawakonis, Karankawas, Chichimecas, Apaches, Comanches, Utes, Navajos, Zuñis, Tarahumaras, y Yaquis, Seris, Pimas, Yumas, Mojaves, Miwoks, Chumash, Gabrielinos, Diegueños, Cochimies, Guaycuras, y Pericues en Norteamérica, Jicaques, Miskitos, Talamancas, y Cunas en Centroamérica, Chocós, Chimilas, Guajiros, Motilones, Caribes, Guaraúnos, Achaguas, Guahibos, Sálivas, Chiriguanos, Tobas, y Mocobíes, Mojos, Chiquitos, Guanás, Mbayás, Matacos, Mataguayos, Vilelas, Lules, Abipones, Charrúas y Minuanes, Pehuenches, Mapuches, y Huilliches, Patagones, Pampas, y Ranqueles en América del Sur.

La obra no está organizada cronológica ni geográficamente, sino que reúne en cada capítulo materiales ilustrativos de un aspecto temático diferente, aunque incidiendo constantemente en razonamientos de estilo y contenidos similares. Trata de la naturaleza humana, de la vocación civilizadora de los misioneros, de guerra y paz, de diplomacia y tratados, de comercio y amistad, de regalos y explotación económica, de resistencia y cooperación, de mestizaje biológico y cultural, de reformas administrativas, de justicia, de prestigio, de ambiciones personales, de contradicciones, de categorías conceptuales; y lo más espectacular, mantiene una constante tensión entre lo que los españoles *pensaban* (ofreciendo incluso pinceladas sobre los orígenes y los contextos europeos de sus ideas), lo que *veían* (o lo que creían ver) en América, y lo que *pretendían hacer* (y lo que hacían realmente) cuando intentaban describir, comprender y explicar los mundos de estos indígenas «salvajes», entretejiendo todo ello con lo que los historiadores y científicos sociales modernos han pensado

al respecto. Por lo tanto, este texto del profesor Weber requiere una lectura muy detenida, y después, otra, sin olvidar los valiosos comentarios en las profundas notas, y un esfuerzo constante de reflexión sobre sus argumentos e informaciones.

Aun así, David Weber concede que esta obra no puede agotar el tema, y que la necesaria economía de un libro le ha obligado a ser selectivo. Por ello se ha centrado en un período histórico concreto, estudiando algunos casos, lugares, y actores que, en su opinión, tenían una mayor importancia estratégica y económica dentro del imperio hispanoamericano. No obstante, al principio, hace una importante observación de alcance global, para corregir la imagen de la extensión territorial de las posesiones españolas que habitualmente ofrecen las historias generales de América y las representaciones cartográficas que las acompañan. El profesor Weber subraya que en realidad el 'dominio' español era puramente teórico en vastos territorios americanos que eran controlados en realidad por diferentes grupos indígenas.

Para designar a aquellos indígenas no sometidos, los españoles de la temprana edad moderna utilizaban diversos términos como indios bárbaros, bravos, bozales, gentiles, infieles, y salvajes. El profesor Weber reconoce que diferentes autores han podido usar estos términos para hacer distinciones o clasificaciones, pero cree que en el habla diaria y en el concepto popular fueron utilizados habitualmente sin tales distinciones. Ofrece una interesante discusión de esta terminología, su interpretación, y las dificultades de su traducción al inglés en la nota 55 (p. 282), que pensamos habría estado mejor ampliada en el texto principal. Con razón, no le satisface la traducción literal de «bárbaro» en el inglés «*barbarian*» porque transmite una idea equivocada, y admite el término «*savage*» con reservas, como mal menor. Está claro que pretende rehuir las connotaciones negativas y etnocéntricas de las descripciones habituales de la época, y por ese motivo optó por la designación de «indios independientes» como caracterización preferida a lo largo de este libro. Con ello establece cierta oposición entre el título del libro, que parece «representar» la percepción de los ilustrados españoles, por un lado, y la elección de otro calificativo en su propio texto, que representa la visión del historiador que comparte las sensibilidades de nuestros días, por otro lado.

Sin embargo, como pone claramente de manifiesto este libro, para fines del siglo XVIII las interacciones militares, diplomáticas, comerciales, y culturales con los europeos habían transformado las sociedades indígenas, creando dependencias de todo tipo. Del mismo modo que el autor reconoce que los indígenas «domésticos» o «tributarios» desarrollaron diversos ámbitos y grados de autonomía dentro del sistema político español, se dilucida que, pese a las apariencias, los «indios independientes» no eran plenamente tales cuando la colonización española tocaba a su fin. Quizá sea un problema nominalista que no tenga solución satisfactoria. Se comprende la repugnancia del profesor Weber a utilizar reiteradamente el término de «salvajes» cuando necesita hacer generalizaciones, y es muy loable su continuo esfuerzo por apoyar su argumentación en ejemplos concretos, utilizando los nombres de grupos indígenas conocidos. Pero suscita la pregunta de porqué no se trasladó esa repugnancia a la elección de título para el libro. El título no refleja la complejidad de las actitudes españolas añalizadas en el libro ni tampoco el fino relativismo de sus propios argumentos.

De hecho, el propio profesor Weber explica con delicado discurso y certera ejemplificación las diferentes formas de instrumentalizar las imágenes del 'otro' indígena que tuvieron españoles, europeos y americanos de aquella época, así como los historiadores

después. Las imágenes proyectadas no surgieron desinteresadamente sino que servían (y sirven) diversos «propósitos.» La visión del 'otro' siempre revela los propios valores culturales e ideológicos de sus autores. Las defensas de la racionalidad de los indígenas pretendían convencer de que esos súbditos serían tanto más productivos, útiles y leales a la Corona cuanto más eficazmente se apelase a sus propios intereses. Las imágenes románticas que entonces (lo mismo que hoy en algunos autores y políticos) contribuían a la hipótesis del «buen salvaje» podían inspirar a los que deseaban creer en la bondad natural del género humano; o podían servir como punto de referencia comparativa para realizar una crítica a los vicios y problemas de la propia sociedad española; o podían proporcionar un símbolo de identidad americana a los criollos hispanoamericanos que lamentaban el «mal gobierno» y empezaban a buscar elementos valorables para un discurso de emancipación. Las imágenes negativas del indígena también tenían sus aplicaciones. Incluso un mismo autor, como fue el caso de Alejandro Malaspina, podía caer en la contradicción, al utilizar ambas imágenes en diferentes razonamientos. «Mientras las metáforas de los salvajes buenos y malos resultaban útiles,» explica David Weber, «podían coexistir unas al lado de las otras.» (p. 47).

Ahora bien, el libro no se queda en las ideas, sino que se adentra en el terreno de las prácticas políticas, llegando a la conclusión general de que los tratos amistosos con los indígenas «independientes» fueron normales, y tuvieron éxito, en casi todas las zonas fronterizas del imperio español hacia fines del siglo XVIII. Ésta sería una tercera tesis del profesor Weber en esta obra. Esos tratos amigables se fundamentaban sobre la negociación diplomática y la conciliación, el respeto a los derechos territoriales, el reconocimiento de líderes políticos representativos, los regalos, el comercio, normas pactadas de justicia, y a veces, permisos para construir fortificaciones en territorios indios, o para desarrollar cierta actividad educadora y religiosa. Al igual que en el mundo de las ideas, tampoco en este terreno hubo homogeneidad. Cada caso era distinto, dependiendo de múltiples variables temporales y geográficas, imperiales y locales, colectivos y personales, que va documentando y sopesando David Weber con su habitual meticulosidad y prudencia.

El epílogo esboza la proyección del tema en algunos aspectos durante la primera mitad del siglo XIX, en el contexto de la emancipación y formación de las nuevas repúblicas hispanoamericanas. Sin embargo, este capítulo no cumple los requisitos de una verdadera conclusión. Quizá sea pedir demasiado que el autor nos hubiera regalado unas conclusiones que resumiesen las ideas principales que presiden el libro, a modo de 'mapa del sitio.' Es perfectamente comprensible que David Weber renunciase a acometer la misión imposible de simplificar los argumentos tan minuciosos como complejos de su obra. Sencillamente, hay que leerla.

Acompañan al texto 33 ilustraciones y nueve mapas. Sin duda necesarios, muy útiles, casi inexcusables en una obra de esta categoría, pero, aun contando con el probable motivo de buscar imágenes menos conocidas, precisamente la elección de las ilustraciones suscita cierta insatisfacción. Menos de la mitad presentan imágenes de figuras u otros temas 'indígenas' tomados de alguna fuente española fechada en la segunda mitad del siglo XVIII. Del resto, unas pocas ofrecen 'vistas' generales o retratos de europeos que, si bien son inocuos, ofrecen escaso valor añadido, mientras que un buen número procede de fuentes no españolas y de épocas muy posteriores, por lo que parece poco fundado su valor como representación de las imágenes y actitudes españolas respecto de los indígenas. Resulta especialmente desafortunada la reproducción de una ilustración tomada de una traducción de la obra de

Bartolomé de las Casas auspiciada por Teodoro de Bry y publicada en 1598, titulada «Los españoles como salvajes.» Por mucho que se explique al pie de la lámina que se trata de un ejemplo de la propaganda antiespañola promovida por el protestantismo europeo (conocida por los historiadores como la leyenda negra), queda poco clara su relevancia en una obra cuyo tema no es el discurso público europeo sobre la cultura española o las relaciones hispano-indígenas, sino las actitudes y políticas españolas respecto de los indígenas. La utilidad de los mapas obviamente no se cuestiona, pero se echan en falta al menos otros dos: un mapa general que ofreciese una representación sintética de la extensión de los territorios ‘controlados’ por grupos indígenas al margen del dominio europeo en el último tercio del siglo XVIII, y otro mapa general, quizá desplegable, que resumiese los mapas regionales para ubicar a los principales grupos indígenas mencionados en el libro.

Un detalle muy de agradecer en este libro es que las citas textuales de fuentes españolas, que lógicamente están traducidas al inglés en el texto principal, se ofrecen en su versión original española en la correspondiente nota. Por último, la amplísima y más que solvente bibliografía final recoge en una sola relación las fuentes primarias impresas y fuentes secundarias mencionadas en el texto (aunque hemos visto en la página 282 una referencia a un artículo del profesor Light T. Cummins que no aparece en la lista final), pero es preciso recordar que detrás de esta obra se concentra también la incalculable riqueza de las constantes lecturas y reflexiones de toda una vida intelectual dedicada al estudio de la presencia española en América. En suma, al igual que su soberbia obra *La frontera española en Norteamérica* (1992), *Bárbaros* está llamada a ser un punto de referencia inexcusable para todo estudioso del pensamiento de la Ilustración española, del estilo de gobierno durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, y sobre todo, de las fronteras coloniales y relaciones interétnicas en las Américas durante el siglo XVIII.

Sylvia L. HILTON
Universidad Complutense de Madrid.